



El Motín



Año XXXII.

Madrid, Jueves 8 de Febrero de 1912.

Núm. 6

JOSÉ MARÍA ESQUERDO

Ha muerto este hombre ilustre que honró a su patria, llevó a la práctica sus teorías científicas y merecía haber visto establecida en España la República por lo mucho que la amó.

Invitado por el periódico *El Porvenir* para dedicarle un recuerdo, le envié estos renglones:

LA MAYOR GLORIA

Nacer como Esquerdo nació en cuna humilde...

Y por el estudio, la perseverancia y la rectitud, obligar a todas las clases sociales a confundirse en su entierro, verdaderamente apenadas...

¡Esto es valer, esto es triunfar!

¡Esto es honrar la Ciencia, enaltecer la Patria, servir a la Humanidad!

¡Esto es ser hombre, en la acepción elevada de la palabra!

Y esto nos permite hoy exclamar orgullosamente a los republicanos:

¡Era de los nuestros!

Reciba su familia mi pésame; ella sabe que es sentido y sincero.

Como es sincero mi sentimiento por que Esquerdo no haya ido a dormir el sueño eterno al lado de aquellos hombres que se llamaron Figueras, Pi y Suñer, Salmerón, Bello y demás renombrados que reposan en el cementerio civil del Este.

JOSÉ NAKENS

Profecía cumplida

El 5 de Noviembre último leí en *España Libre* un artículo que me oló a profecía: se titulaba *Verdades amargas* y estaba firmado por Antonio de la Villa, periodista que no sé quién es, pero sí que vale mucho.

Lo guardé para comprobar si acertaba en sus juicios cuando se abrieran las Cortes, y a continuación lo reproduzco casi entero:

I

«Los republicanos españoles, que somos ingenuos, olvidadizos y benévolos—sobre todo muy benévolos—hemos caído en la misma mania que caímos cuando la pérdida de nuestro territorio colonial, cuando la desastrosa guerra de Marruecos, cuando el fusilamiento de Ferrer, cuando la subida al Poder de Canalejas (una de las mayores verdades políticas que registra nuestra historia) y cuando la iniciación de este nuevo problema marroquí que estamos ventilando. Los republicanos españoles, ingenuos, olvidadizos

y benévolos, hemos abierto un compás de espera en nuestra indignación, lo mismo que lo abrimos entonces, y esperamos sólo a que se abran las Cortes para sacar de allí la República, como la sacaron en 1873 aquellos otros hombres que decían: «De aquí no saldremos, sino con la República ó muertos.»

Es un medio cómodo de esperar, como otro cualquiera. Si una estúpida cobardía se apoderó de nuestra voluntad, de nuestro cerebro se ha apoderado como nunca una dosis de rutinismo. Estamos, pues, castrados por arriba y por abajo. Y de este modo no hay otro remedio que esperar, tumbados al sol, a que los acontecimientos se desenvuelvan como ellos quieran.

¡Esperemos a que se abran las Cortes! ¡De allí saldrá la conmoción nacional que ha de poner en pie a los buenos patriotas! ¡Treinta y tantos leones revolucionarios esperan el momento de la sacanetida! ¡Oh, cuánta espera!

Dos años se han cumplido ahora. Precisamente por este tiempo, esos treinta y tantos leones se repartían por España predicando como nunca la revolución.

—Dame tu voto—decían al pueblo,—y yo te daré la República.

Y si nosotros fuimos confundidos y caímos en la trampa, ellos se han aprovechado del engaño y nos ponen a honesta distancia de nuestras pretensiones.

¡La República! ¿Pero es usted tan infeliz que confía en ella todavía? ¿Cree usted posible su restauración en nuestro país?

Yo sí creo, y sigo creyendo. Claro está que eso será el día que empecemos por arrastrar a algún jefe republicano, ó por fusilar de espaldas a alguno de los que pomposamente se bautizan con el nombre de caudillos.

Pero ahora tenemos que resignarnos a decir con el maestro Nakens:

«¿Qué valientes son los monárquicos, qué valientes!»

Por no decir:

«¡Qué canallas y qué cobardes son algunos republicanos!»

Es triste, muy triste, confesar que, después de cuarenta años que llevamos jugando a la organización y desorganización de los partidos revolucionarios, estemos mucho peor que cuando empezamos.

Y todo eso con radicales A, con radicales B, con unionistas, con federales, con progresistas, con centralistas y con conjuncionistas.

No cabe mayor juego de despropósitos, ni más criminal abuso de la conciencia popular.

Porque está demostrado que siempre, indefectiblemente siempre que el pueblo ha sido convocado para cualquier sacrificio, se presentó voluntario decidido a todo.

Los responsables, pues, son y serán los que de modo tan torpe le explotan y le engañan.

Contra ellos debemos ir, sin contemplaciones de ninguna clase.

Limpiemos antes el campo de traidores, y hagamos después la guerra al enemigo.

Esta debe ser la táctica de un partido que aspira a un buen gobierno.

II

Y hablemos claro:

¿De qué van a pedir cuenta nuestros diputados al gobierno de Canalejas? ¿Con qué argumentos van a convencerle de sus torpes yerros? ¿Cómo van a provocar su caída?

Creo sinceramente que Canalejas es el hombre más aciago, más torpe, más funesto y más reaccionario que hemos padecido los españoles, de la Restauración acá.

Pero creo también que nuestros diputados son los más ineptos, los más cobardes y los menos republicanos que se sientan en el Parlamento español.

No hago excepciones. Sé que hay algunas. Pero eso lo dejo a la conciencia y al buen sentido de cada ciudadano.

III

«Quedamos, pues, en que en el Parlamento no va a ocurrir nada, absolutamente nada. Los señores republicanos pasarán por la afrenta de dejar que Canalejas, obedeciendo los impulsos del odio Maura, presente y apruebe el proyecto de suplicatorio (de peor sentido que el del terrorismo), que cuelen los presupuestos tal como él los ha concebido en perjuicio del país; un centenar de créditos y otro centenar de reformas perniciosas, y después... a descansar: un nuevo cerrojazo; un remiendo al Gabinete para acallar algunas ambiciones, y hasta el mes de Junio, que habrá tela cortada para más empresas.

Los treinta y tantos leones revolucionarios que nos han correspondido en suerte no sacarán la República triunfante del Parlamento, pero nos harán unos bellos discursos, y váyase lo uno por lo otro.

En la situación de ahora, puestos a liquidar responsabilidades, ellos son los que menos pueden hablar.

Acaso lo único que puedan decir sea esto: «Perdimos la jornada por nuestra cobardía. Pero hemos salvado el acta. ¡Viva la República!»

Y acaso haya todavía algún ingenuo conjuncionista, ó radical, ó centralista, que les dé la razón.

Porque en ese pie nos vamos poniendo.

No sé qué pensarán mis lectores al acabar de leer ese artículo... Yo, después de ver el final del debate político,

en que tan elocuentes discursos han pronunciado algunos republicanos, y advertir que todo sigue igual en el partido, concedo el título de profeta al autor, y me preparo á recibir el mejor día (el peor estaría mejor dicho) la aterradorá noticia de que Maura y Cierva están en el poder.

Y perderé entonces completamente la esperanza de que puedan los republicanos de las dos generaciones en juego (en las cuales no me incluyo por pertenecer ya á la casi completamente extinguida), llegar á entenderse para traer la República.

Pues si ante ese peligro no olvidan sus diferencias, acallan sus odios, ni renuncian á sus ambiciones, ¿cuándo van á hacerlo?

Correligionarios que por esos olvidados pueblos, donde cuesta tanto ser republicano, soportáis orgullosos á pie firme las acometidas furiosas del caciquismo...

Lo mismo que los que os veis detenidos en vuestra marcha económica por las dificultades que el clericalismo os suscita...

Que los que estáis ya en la miseria por no haber querido faltar á vuestras convicciones...

Que los que estáis en cárceles y presidios por persecuciones inicuas, ó por haber intentado poner en práctica alguna de las enseñanzas teóricas de los de arriba...

Yo os admiro, y quisiera ofrecer á vuestros sacrificios algún premio y á vuestros anhelos alguna esperanza.

Mas ¡ay de mí!, que no puedo daros más que este consejo:

«Cuidáos mucho la vista, para que podáis seguir leyendo los elocuentísimos discursos que pronuncian los diputados que elegisteis para preparar en el Congreso la revolución.»

Poder invertido

El día que nos penetráramos bien los de abajo de lo que valemos, derribaríamos de un soplo las figurillas de la política republicana.

Pero ¡ay! tardará todavía; pues aunque ya se manifiestan en varios puntos energías salvadoras, la masa continúa sumisa ante los jefes como el campesino ruso ante el czar.

En verdad que no merecía la pena de envanecernos de ser el pueblo de Daoiz y Velarde para rendir á la disciplina el culto ciego que le rendimos. Mas aún que en la milicia tiene hoy significado real entre los republicanos aquello de «quien manda manda, y cartuchera en el cañón».

La palabra jefe, aun siendo contra democracia, tiene entre nosotros influencia tal, que ni la de papa entre los católicos. Para cada uno, su jefe asume los atributos que el P. Ripalda endosa á Dios: es infinitamente sabio, bueno, justo, poderoso, principio y fin de todas las cosas... republicanas.

Por ese concepto tan elevado que de

ellos tenemos, en vez de pedirles cuentas, se las rendimos; de trazarles el camino, seguimos el que nos marcan; y si nos lo exigieran, pondríamos las espaldas para que nos azotasen, teniendo á mucha honra.

En ocasiones, al pensar en lo propicios que estamos á sentir sus agravios y corear sus odios, pienso que todavía nos tratan con demasiada blandura y consideración, y que son muy bondadosos cuando no nos escupen despreciativamente á la cara para hacer estudios sobre los grados á que puede llegar la degradación humana.

1891

Juicios injustos

Constantemente dicen los extranjeros que España está en civilización por bajo de otras naciones; y hay momentos en que nosotros mismos les damos la razón.

Las naciones más adelantadas tienen el deber, á lo que parece, de llevar la civilización á las que lo están menos, y en esto nos fundamos nosotros para guerrear actualmente en Marruecos.

Luego el día que se le antoje á Francia, á Alemania ó á Inglaterra decir que no estamos civilizados y venir á explotar nuestras minas, nosotros, lógicamente, no debemos oponer resistencia, so pena de exponernos á que digan de nosotros, lo que hoy nosotros decimos de los rifeños: que son unos bárbaros.

Y sería poco agradable oírnos calificar de ese modo, después de haber celebrado el año pasado aquel grandioso Congreso eucarístico, gastar anualmente tantos millones en el clero, mantener tantos millares de frailes y monjas y encarcelar á centenares á los escritores que tratan de encauzar al país por otros derroteros.

Preséntenos los extranjeros un pueblo superior al nuestro en estas esquisiteces de civilización verdadera, y entonces nos resignaremos á que nos apliquen el dictado de bárbaros.

Mientras tanto, no.

La lámina de hoy

El tormento del fuego

La Iglesia, en la aplicación de las torturas, tenía trazado un verdadero ritual como para los sacramentos, como para las excomuniones, como para la bendición de las bestias y para conjurar las tormentas.

Para el que en la adoración de Dios no se sometía á creer todo lo que de Dios mandaba creer el clero, y á honrarlo como el Papa quería que se le honrase, tenía un escalafón de delitos y un museo de torturas.

Para el que pecaba contra Dios, un castigo; el que pecaba contra la Iglesia, otro castigo; contra el Papa, otro castigo.

A esta teoría obedecía la multiplicidad de suplicios en los procesos y en las sentencias.

Pero los prelados encargados de este «Santo Oficio» no se sometían á tan sabias reglas y aplicaban unos ú otros tormentos según su arbitrio y prudencia.

La lámina de hoy representa la escena de un tormento de fuego, no en la Cámara del Tormento, sino en la sala del Tribunal, distinción que se concedía á reos de mucha calidad, odiados por el odio general y del cual no pudiera esperarse ninguna revelación perjudicial al Santo Oficio y al honor del clero.

El aparato variaba poco en las varias Inquisiciones; sólo se distinguía en el lujo de las tablas y del brasero, que se aplicaba más ó menos cerca de los miembros, según las fuerzas del paciente, hasta quedar desnudos de piel y de músculos las partes castigadas.

En la mesa del tribunal aparecen aquí los tres inquisidores, el ordinario, los dos consultores, el notario y en el fondo el médico.

La explicación de lo demás la dan los vigorosos rasgos del pincel de Laugée, que ha legado al arte histórico esta primorosa escena de la vida de la Santa Iglesia, que el lector piadoso puede colocar entre los cuadros de las bodas de Canaán y de la Cena.

Pueblo redimido

Me envían de América este recorte de un periódico, diciéndome que se refiere á Bolivia:

«Se encomia la acción del Congreso, que en sus últimas sesiones abolió todos los fueros eclesiásticos, prohibió entrar en el país las congregaciones religiosas, pidió que se restrinjan las que existen, aprobó la ley de matrimonio civil y quitó toda fuerza legal á los poderes eclesiásticos.»

El día que viese yo á un Congreso español tomar ese acuerdo, exclamaría: «La honra, el bienestar y el porvenir de España están asegurados. Ya puedo morir tranquilo».

Mas ¡ay! sospecho que tardará un poquito, gracias á los muchos liberales y republicanos que creen compatibles el catolicismo y la libertad, es decir, el agua y el fuego, la cuquería y la convicción.

Pero, en fin, el Pueblo sobre todo.

De cómo un aprendiz de tipógrafo se hizo socialista

IV

El medio ambiente

Pensaba yo al entrar en la imprenta que el trabajo era bien apetecible por sí mismo, y que sólo al haragán y al malo no les iba bien en este mundo, aun contando con que las cosas andan

medianamente arregladas. Un obrero hábil, activo y virtuoso debía ser completamente feliz puesto que además de no padecer necesidades sino en casos desgraciados, gozaba cada día el encanto de trabajar, de crear cosas buenas y bellas. Es seguro que tan absurdo concepto entró en mi infantil cerebro empujado por libros escolares ñoños, cursis, mentirosos y ramplones, y también por la lectura de ciertas novelas y la audición de melodramas.

¡Ay! Aún no llevaba dos horas aprendiendo la caja, cuando se me acercó un oficial ya maduro.

—¿Empiezas hoy el oficio, pequeño?—preguntó.

—Sí, señor—respondí.

—Pues más valiera que tus padres te dedicaran a ladrón—añadió el hombre.

Creí que bromeaba, y le repliqué:

—Pues si este es un oficio muy bonito, y además se ganan buenos jornales.

—¿Conque bonito? ¿Y se ganan buenos jornales? Lo de bonito me lo dirás dentro de unas semanas, y lo de ganar dinero... quizá tengamos ocasión de hablar tú y yo de ello dentro de algunos años.

Y sin añadir palabra se largó.

En verdad no era aquello lo que había imaginado, y bien pronto tuve la sensación de estar solo, abandonado e inerte en un medio hostil y torvo. Allí no había la alegría ni la satisfacción que yo supusiera; los hombres trabajaban como si la faena fuese ingrata y penosa; los chicos, aburridos, no perdíamos ocasión de charlar ni de jugar a hurtadillas.

Pensaba que el amo y el encargado eran como maestros buenos y afectuosos y a poco oí hablar pestes del «Perro», y el «Perro» era el regente, y mis colegas—y yo al poco tiempo—no respetaban ni querían a nuestro jefe, sino que le temíamos y odiábamos, y cuando alguno de los dueños—había dos ó tres—aparecía en el salón, en vez de un movimiento de simpatía se le miraba con recelo, y después que pasaba los obreros cuchicheaban.

Y alguna vez, cuando los aprendices componíamos afanados bajo la mirada del cómitre, al pasar, un oficial nos decía áspero:

—¡Duro, muchachos! ¡Así podrá comprarse otra sortija D. Dimas!

¡Buenos jornales! Ni la indumentaria del personal, ni las pitanzas que yo veía certificaban la exactitud de tal prejuicio.

En suma, el taller patriarcal, que venía a ser como una prolongación de la familia y el trabajo placentero y la retribución suficiente para cubrir con decoro las modestas necesidades del menestral, eran una insigne mentira. En cambio la noción de que se nos explotaba, de que no éramos sino elementos de trabajo y no seres racionales dotados de nobles afectos, entraba viva en todos, se mascaba casi.

Había yo pensado que el premio de la habilidad, la laboriosidad y la economía, era la posesión de una imprenta; a los dos días supe que el D. Dimas había sido un mal operario, más amigo de la baraja y la botella que de los libros, y, sin embargo, mientras buenos obreros que no visitaban sino rara vez la taberna iban con las botas destrozadas,

raído el sombrero y el traje, el malo era el amo.

Ciertamente, ni eran ni son como ésta todas las imprentas, talleres ó fábricas, pero en la piña de aprendices que a la hora de comer ó de salir del trabajo nos reuníamos en la plaza de Isabel II ó en la de Oriente, cuando la charla versaba sobre la imprenta respectiva, rara vez se hablaba en son de elogio de regentes y dueños, muchas en cambio para execrarlos por su codicia y malos tratos.

Aun sin estos motivos de disgusto, permanecer diez horas en pie—un aprendiz no debe sentarse—realizar faenas semidomésticas, no charlar, ni bromear, ni jugar, y por añadidura estar ocupado siempre en faenas uniformes y tediosas y ser tratado con desconsideración, recibiendo regaños y malas contestaciones y ni por casualidad elogios ni palabras de afecto, no son elementos que predispongan a la íntima satisfacción, y así, por escaso que sea el caletre de un pobre muchacho, viendo su estado y lo que le espera en el espejo de los ancianos, ha de estimar que no es aquello lo que leyó en el *Juanito* ó en los candorosos novelones donde la laboriosidad y la virtud logran el premio tan indefectiblemente como cae el castigo sobre la holganza y el vicio.

Además, si el eco de las iniquidades sociales llega a todas partes, con más velocidad a la imprenta, de tal suerte, que se necesita ser idiota para encontrar tolerable lo actual..

Estamos en los comienzos de 1879. Las ideas del rapaz de doce años, sin dejar de ser obscuras, caóticas, inconcretas, se han afirmado con la vida del taller y con el conocimiento consciente pase el pleonismo, de la miseria, de la escasez y de la desconsideración.

El rapaz no tropezó en la imprenta con ningún operario sinceramente católico, religioso, ni tampoco con ninguno que se declarara partidario de la institución monárquica. Asimismo el muchacho había seguido leyendo, ahora a Julio Verne, *Los Girondinos*, los excelentes tomitos de la Biblioteca Universal y libros de alguna substancia y belleza, sin que ello suponga—¡qué disparate!—que el mozo fuese capaz de extraer la una y percibir la otra.

J. J. MORATO

Muerto prudente

En un pueblo próximo a Granada cayó enfermo de gravedad un vecino; pidió los sacramentos, y el párroco se los negó, á pretexto de que, á pesar de su conducta intachable, vivía con una mujer sin estar casado.

Murió, y el cura prohibió que fuese enterrado en el cementerio católico.

El alcalde fué á Granada, consultó con el gobernador civil, y á los dos días fué el cadáver llevado por los vecinos á la puerta de la casa del cura.

Entonces mandó enterrarlo en el cementerio católico, por no haberlo civil, pero colocando una valla de madera alrededor de la sepultura para aislarlo de los demás.

Y el difunto como si tal cosa; callado como un muerto.

Si le hubiera dado por hablar, quizás le habría dicho al cura:

«Gracias, amigo, por haberme separado de tu gente. Hay que huir de las malas compañías. Y la de los tontos nunca fué buena».....

Y aunque nada tenga que ver con este asunto, desearía saber si ese cura tiene ama.

Aunque he no; dicho una tontería.

¿Cómo ha de tenerla un señor tan escrupuloso, que niega los sacramentos á un hombre honrado porque vive con una mujer que no es la propia?

Retiro, por tanto, la pregunta.

Todo para ella

La Iglesia católica no quiere enemigos ni competidores en parte alguna y menos en España. Cuando pudo hacerlo cortaba los gritos de protesta degollando y quemando; ahora sitia por hambre, difama y desacredita á sus adversarios y utiliza el *braso secular* para todas sus intrigas y emboscadas.

Ella se dice perseguida y maniatada, pero no es verdad. Sigue siendo la señora despótica de siempre, alimentando las intenciones aviesas que llenan toda su historia, desconoce la misericordia y del perdón, dejando una estela de víctimas por donde pasa; destrozando y pulverizando cuanto se opone á su paso: honras, vidas, haciendas, prestigios, instituciones, intereses y personas, lo mismo entre los que militan entre sus filas que entre los que pelean en las huestes adversas. Ella exige que todo se le sacrifique, que toda cerviz se incline ante ella, de grado ó por fuerza, sonriendo ó llorando, con humillación ó con despecho, sea como sea, el caso es que aparezca siempre en pie, recibiendo homenajes, que sea siempre la preferida, la privilegiada, que todo sea para ella.

La Iglesia pone mordazas á la Prensa, á la literatura, al teatro, al arte, á los políticos, á los gobernantes, á las togas y á los industriales; les traza la línea por donde han de caminar, les gufa como rebaño inoconsciente, les asusta con sus amenazas, les conmina con sus anatemas, y donde asoma un conato de rebelión y de protesta, allí acude presurosa, gritan lo: «¡Calla! Porque tengo tu pan y tu honra entre mis manos.» Y así es, en efecto; porque ciega todas las inteligencias y enervadas todas las facultades, no reconocen, no comprenden que la fatal sumisión que le prestan *porque sí*, sin que exista razón ni base alguna para ello, es el fundamento donde radica su mentida fuerza y su ilusorio poderío. La Iglesia nos azota y nos clava el hierro en los ijares porque queremos; porque abúlicos y fanatizados, débiles ó inoconscientes; nos hemos sometido á su tiranía concediéndole sin previo examen una autoridad que no tiene y un poder que no existe, á cuya apariencia sólo contribuye nuestra sumisión y la servidumbre que por rutina ó atavismo le prestamos.

Los que hemos vivido la vida niter-

na de la Iglesia, los que conocemos bien todos los hilos de su tramoya interna, hemos estudiado á fondo su doctrina é historia, é investigado la profundidad de la base endeble de su aparato edificatorio, no hemos podido explicarnos nunca á qué obedece ese miedo, ese terror que inspira ese coloso de cartón relleno de cosas buenas que no responden á ninguna necesidad humana ni social.

Se da en este caso un círculo vicioso ó una petición de principio, como dicen los lógicos. Existe la Iglesia por que se la teme, y se la teme porque existe. Se la teme porque se cree que tiene poder omnímodo y absoluto in flujo social para anular y pulverizar á todos sus enemigos, y los anula y pulveriza porque se teme que así lo haga, y se da de antemano por descontada su victoria.

Se concibe ese pánico, esa debilidad, en aquellos cuya llave de la despensa guarda la Iglesia en sus garras, porque de ella dependen directamente, como son los obispos, curas y las diversas escalas de neos que medran y viven á la sombra del santuario; en suma, se comprende la pusilanimidad ante la Iglesia en todos aquellos para los cuales crea intereses; lo que es absurdo é inconcebible es el temor pueril que infunde en cosas y personas que ni por su fin, medios de acción, ambiente en que se desarrollan, núcleos que las constituyen, ideas que profesan é independencia moral y material de que disfrutan, tienen que ver nada absolutamente con la Iglesia de lejos ni de cerca. Para con los españoles lo que dijo Benavente de aquella familia aristocrática que al recibir á otra familia amiga suya en su residencia veraniega, por no pasar por malos católicos ponen un oratorio y un capellán en su castillo, y los visitantes, á quienes les importa un bledo la religión, se atracan de oratorio y de capellán por no herir la *catolicidad* de sus amigos, y las dos familias se engañan mutuamente, y, aunque echan las muelas, unos por otros fingien una religiosidad que no tienen y que les repugna y molesta.

Pues esto es lo que acontece en la vida de nuestra nación; la mitad de España fingió amor y respeto á la Iglesia católica para no indisponerse con la otra mitad; y esta mitad acepta, acata y venera las cosas de la Iglesia por no chocar con la otra mitad á la que juzga católica por convicción. Y así va durando esta burda comedia años y años, y de toda esta farsa la única que sale gananciosa es la Iglesia, cuyo poderío é influjo se mantiene en pie por culpa de los que engañan fingiendo una religiosidad que no sienten, y por culpa de los que se dejan engañar aceptando una religiosidad católica que en el fondo de su corazón odian y desprecian, siendo el resultado de este juego de compadres y de quién engaña á quién, que todo es para la Iglesia.

Pero toda comedia, por larga que sea, tiene su desenlace.

FRAY GERUNDIO

Ignoro si un mosén de Angl-sola, ha tenido un disgustillo con su ama.

Y aunque lo hubiera tenido, no le daría importancia.

Las personas que viven juntas son las que tienen á lo mejor dimes y diretes, y los curas son hombres al fin y al cabo, dicho sea con el respeto debido á la raza humana.

Inconsecuencia clerical

¿A qué ese empeño de los clericales en robarnos la tierra, si tienen seguro el cielo? ¿Y qué se les dará de que nos condenemos ó no?

Si tenemos hambre y les pedimos un poco de pan, nos lo niegan; nada les importa que sucumbamos. En cambio, no pueden transigir con que perdamos nuestra alma.

Que nos dejen en paz y obren en consonancia con lo que predicán.

¿Los bienes de la tierra son deleznales y perecederos? Pues déjenlos para nosotros, los miserables, los herejes, los pecadores empedernidos.

¿Los bienes del cielo son inapreciables y eternos? Pues resérvenlos para ellos, los creyentes, los justos, los santos.

Y así se cumplirá el eterno precepto de justicia, de dar á cada uno lo que se merece.

Los clericales

Hace días, según *El Pueblo*, de Tortosa, se celebraba en Tivenys una de esas procesiones donde van cuatro bratuchos, tres sacristanes y media docena de viejas.

Un ciudadano, llamado José Rodríguez, descubrióse por cortesía; y el cura Querol, en lugar de agradecersele, le ordenó imperiosamente que tirara el cigarro que en la mano tenía.

El interpelado no le hizo maldito el caso, y el cura agachó las orejas y siguió la procesión.

Eso sí; cuanto acabó su faena corrió á dar parte al juez de lo ocurrido; el juez llamó á Rodríguez, que le refirió la verdad, y allí quedó la cosa.

Y he aquí la forma con que *El Pueblo* comenta el suceso:

«¡Pobres curas! No comprenden que la gente no cree ya. No saben que los hombres que se casan por la Iglesia, se casan por fuerza; que si se confiesan, se confiesan por necesidad, por no perder el pan, por no perder el jornal; no comprenden que si se descubren es por un exceso de cortesía, que debieran estimarles mucho más que la devoción.

¡Pobres curas! No ven que cuando una religión necesita más de hombres valientes que se impongan á los que no creen, que de hombres piadosos que den ejemplos de su bondad, aquella religión está muerta.

Tan muerta, que cada procesión parece un entierro. Y porque parece un entierro, se descubren los republicanos».

Conformes en que la religión está muerta, querido colega, pero es en las conciencias. Hoy nadie cree en nada.

Más como para vivir tranquilos y medir les conviene á muchos aparentar que creen, no hay canalla que no finja hoy ser católico. Encontraran en la impiedad medios para satisfacer su ambición ó sus malos instintos, y los veríamos ciscarse públicamente en todo lo que defienden.

Por esto hay que combatir á los clericales sin descanso: la humillación interior que sufren al obrar contra sus convicciones, les hace ser más peligrosos. Si creyeran realmente, no serian, ni tan intolerantes, ni tan malvados.

Liga internacional de Defensa

de los Derechos de los Pueblos

El Manifiesto publicado en París en varios idiomas el 27 de Enero último, y que apareció traducido al español en el número anterior de *El Motín*, lleva las siguientes valiosas firmas:

Abd El-Hakim, ex-consejero del sultán de Marruecos.

Maquilades Alvarez, diputado á Cortes. Madrid.

Gumersindo Azárate, diputado, profesor de la Universidad Central de Madrid.

G. Bildensperger, profesor de la Universidad de Gießen.

Edardo Barriobero, abogado, Madrid.

Doctor Hermann Bock, director del «Internacional Instituto Social Bibliográfico», Berlín.

Wulfrid Seewann Bunt, literato.

Luigi-Maria Bossi, profesor de la Universidad de Génova.

C. Bougle, profesor de la Sorbona.

Georges Brandes, literato.

Ferdinand Buisson, diputado del Sena.

Félicien Challaye, presidente de la «Liga francesa para la defensa de los indígenas del Congo».

Eduardo Cimbali, profesor de la Universidad de Sacer, director de la *Revista del Derecho Internacional*.

René Claparède, presidente de la «Liga suiza para la defensa de los indígenas del Congo».

Ibrahim Pouré Davoud, literato.

Robert Dall, corresponsal parisiense de la *Nación*, de Londres.

Paul Descours,

Paul Desjardins, profesor de conferencias en las Escuelas Normales de Sevrés y de Saint-Cloud.

N.-F. Dryhurst, secretario de «Nationalities and Subject Races Limited»; Londres.

Emile Fabre, autor dramático.

Anatole France, de la Academia francesa.

Charles Gide, profesor de la Facultad de Derecho, París.

Dudolf Goldscheid, presidente de la «Sociedad de Sociología», Viena (Austria).

G. Guignon, de la Escuela Normal de Saint-Cloud.

R.-C. Cunningham Graham, literato, ex miembro del Parlamento británico.

J. F. Green, vicepresidente de «N and S. R. Committee».

E. Herriot, alcalde de Lyon.

Emile Hohhouse.

L. T. Hohhouse, profesor de la Universidad de Londres presidente del «N. and S. R. Committee».

Alfred Koapp, presidente de la «Orden Internacional para la Cultura Etnica» Zurich.

A. Jandro Lerroux, diputado á Cortes. Barcelona.

Paul Hyacinthe Loyson, director de «Les Livres de l'homme».

C. E. Maurice, de «N. and S. R. Committee».

Agustín Meate, secretario general de la Liga de «Derichos de los Pueblos».

Mme. Menard Dorian, de los «Amigos del Pueblo Ruso».

Gabriel Monod, miembro del Instituto, presidente de la Escuela de Altos Estudios.

Luis Morote, diputado del Parlamento español.

Auguste de Morsier, ex diputado de Ginebra.

Milza Muhammad Kozwini, literato.

Henry W. Nevinston, literato.

Doctor Wilhelm Oswald, profesor de la Universidad de Leipzig.

Paul Painleve, miembro del Instituto, diputado por el Sena.

Frédéric Passy, miembro del Instituto.

Edouard Pelletan, editor.

Pey Odeix, literato, Madrid.

Georges Raverat.

Georges Renard, profesor del Colegio de Francia.

Doctor Julio N. Reuter, profesor de la Universidad de Helsingfors.

Rafael Saillas, diputado del Parlamento español.

Doctor Scie Ton Fa, ex prefecto del imperio chino.

Gabriel Seailles, profesor de la Sorbona.

W. Seiderhjelm, profesor de la Universidad de Helsingfors.

José María de Sucre, de la Universidad popular «Ateneo», Barcelona.

S. H. Swinny, tesorero de «N. and S. R. Committee».

Doctor Adolf Törngren.

Emile Vandervelde, diputado del Parlamento belga.

Emile Verhaeren, literato.

Stefan Zaremki, literato.

Mme. Emile Zola.

Luis Zulueta, diputado, profesor de la Universidad Central de Madrid.

Pey Odeix que recibió comisión de París para invitar las personalidades españolas que por sus opiniones y posición podrían desear contribuir á la realización de este bello ideal, á causa de la premura del tiempo y de su falta de concimientos, no pudo invitar personalmente más que á un reducido número de prohombres de la intelectualidad y de la política liberal.

En su virtud, suplica que se den por invitados todos los que tengan fe y voluntad en la empresa, que viene á ser la primera encarnación y personalización de la Humanidad dispuesta á intervenir los actos de los Estados en nombre de la justicia universal, negando la independencia para todo crimen, y contraponiendo al derecho de la fuerza, vigente hasta aquí, la fuerza del de-

recho que ahora se personaliza en su majestad más amplia.

EL MOTIN ruega á la prensa liberal su apoyo en esta campaña de progreso jurídico, y transmitirá al Comité Central de París las adhesiones que se le remitan.

La cuota es voluntaria.

La asociación está en periodo de organización. Suponemos que el Comité Internacional nombrará por los medios más adecuados los comités nacionales, de cuya competencia y rectitud son garantía las firmas de los iniciadores, entre las cuales se hallan las eminencias de tantos ramos de la ciencia y de la política progresivas.

Curiosidad inocente

¿Pueden decirme los amigos de Logroño y de Manzanares en qué estado se hallan los procesos formados á los maristas en aquellos puntos, por atentados al pudor de los niños que educaban?

Una de las cosas que contribuyen más á que la inmoralidad de las gentes religiosas aumente cada día, es que cuando ocurre un acto de esa clase, hablan apasionadamente de él durante una semana, y lo olvidamos luego.

Y es preciso recordarlo á menudo, para que no se nos tache de indiferentes ó descuidados en nada de lo que atañe á la Iglesia ó sus ministros.

CIVILIZADORES

Campomanes

Fué político serio, ilustrado, bien intencionado, modesto, lo ant clerical que se podía ser á fines del siglo XVIII y «español». Y para completar tan excelentes condiciones hasta parece que no fué orador.

Y no debió serlo, porque trabajó mucho y trabajó bien, lo que ni hicieron, ni hacen ni harán aquellos gobernantes—llamémoslos así—que «honran la gloriosa tribuna española». ¡Así se hundiera mil veces la tal tribuna!

Era Campomanes hombre ilustrado, más no se entienda por ello que en fuerza de leer carecía de ideas propias, ni que los estudios *librescos* le hubiesen impedido estudiar la realidad y lo nuestro; por el contrario, pensó que habiendo de influir en la gobernación de España, lo esencial, lo primero, era conocer los males de nuestro país, y así Campomanes está al lado de los Floridablanca, Jovellanos, Olavide, Aranda, Cabarrús, padres intelectuales de los Caballero, Oliván, etc., abuelos de Pí y Margall y de Joaquín Costa, que murió sin descendencia.

No; Campomanes no era un traductor, ni siquiera un eximio almacenista de ideas ajenas, como los que gobiernan, gobiernan y quieren gobernar este desdichado país. Su cultura económica política es siempre castizamente española, y así sus trabajos—harto ol-

vidados como todo lo nuestro en estos bellos días de biblioteca Alcan—aun hoy tienen substancia aprovechable.

Contribuyó con sus luces á la repoblación ó población de Sierra Morena y de Extremadura, trazó máximas de buen gobierno en su *Discurso sobre la educación popular*, y con su *Tratado de la regalia de amortización* fué el predecesor teórico de Mendizábal.

Este *Tratado* iba contra la profusión de bienes de la Iglesia y por ello se combatió á Campomanes, llegando el eco de esta lucha contra el hombre hasta casi el último tercio del siglo XIX con Cardenas en su *Historia de la propiedad territorial*.

Cuando este hombre no tuviera otros títulos para que se le recordara, éste solo de haber intentado poner mano en los bienes de la Iglesia le haría merecedor del modesto tributo que á su memoria rinde EL MOTIN en el aniversario de su muerte ocurrida en Febrero de 1802.

LAZARILLO

Aparecidos y endemoniados

Algunas personas crédulas, por estupidéz ó por conveniencia, han visto, no sólo apariciones de difuntos y de seres sobrenaturales, sino hasta de bestias.

Yase recordará el cuentecillo de aquel enfermo á quien su confesor decía:

—Encomendaos, porque acabo de ver al diablo á vuestra puerta.

—¿Y bajo qué forma?—preguntó el moribundo.

—Bajo la de un asno.

—Bueno—replicó el enfermo,—esto es que habéis tenido miedo de vuestra propia sombra.

Pero esto no deja de ser un cuento, (que bien podría ser del repertorio del obispo de Jaca); pero los doctos en estas materias creen que los animales pueden aparecerse, y se citan espectros de este género, aunque no hay que confundir los espectros de los animales con los espectros de los doctos.

Meyer, catedrático de la Universidad de Habler, Sajonia, en su ensayo sobre las *Apariciones*, párrafo 17, dice que los aparecidos y espectros, casi no pueden ser otra cosa que las almas de las bestias, que, no pudiendo ir al cielo ni al infierno, permanecen errantes y en varias encarnaciones; mas para que esta opinión tuviese algún fundamento, fuera necesario creer, con ciertos peripatéticos, que las bestias tienen un alma racional, lo que, añade el cura Meyer, es una enorme herejía, como lo ha demostrado Santo Tomás de Aquino.

Los pitagóricos han ido más lejos, y han creído que, por medio de la metempsicosis, las almas pasan sucesivamente del cuerpo de un hombre al de los animales. Así que respetaban á los brutos, y, ni más ni menos que San Francisco de Asís, decían al lobo:

—Buenos días, hermano lobo.

El padre Bougeaut, de la Compañía de Jesús, en una obra que le obligaron á quemar y retractarse de ella, titulada: *Diversión filosófica sobre el lenguaje de las bestias*, adoptaba un sistema bien preciso: encontraba en las bestias «demasiado espíritu y sentimiento para carecer de alma» y las suponía anima-

das por los demonios que hacían penitencia bajo aquellas formas, esperando el Juicio final, época en que serían arrojadas al infierno. El jesuita P. Gastón Paredes también había escrito mucho antes sobre este tema, afirmando que las bestias tenían alma, pero su librito no tuvo resonancia y no fué perseguido.

Pero dejando á un lado esta árdua cuestión de si los animales tienen alma ó no, continuemos nuestra información modesta sobre las supersticiones verdaderamente irracionales que la Iglesia se ha encargado de sostener, sobre todo durante aquella época bárbara, que conocemos en la historia por Edad Media.

Si el alma de las bestias, ó lo que fuere, podía aparecerse ó transformarse, San Gregorio el Magno refiere que también el diablo se transformó un día en lechuga, y que una joven religiosa se lo comió en ensalada, lo que tuvo graves resultados, pues como la religiosa no había dicho su *Benedicite*, se encontró poseída del demonio; pero el santo varón Equitio la libertó, y la *Legenda dorada* observa que, habiéndose preguntado durante los exorcismos al diablo por qué había entrado en el cuerpo de la joven, respondió:

—Yo no he entrado; estábame sentado sobre una lechuga, y ella me ha mordido y me ha engullido.

Léase en otro libro piadoso, que un capuchino entró en un bodegón, á pesar de las prohibiciones del prior, y se puso á beber sin haber hecho antes la señal de la cruz. El diablo, que le acechaba, se le metió dentro del cuerpo bajo la apariencia de vino, é hizo al capuchino tan pesado, que se necesitaron diez hombres para sacarlo de la bodega. Añade esta *historia* que Santo Domingo le sacó el demonio del cuerpo.

Veamos otro caso diabólico de los que creían á ciegas nuestros fanáticos antepasados. Un niño sediento pedía de beber sin que nadie se lo diera. El diablo tuvo compasión, tomó la forma humana para no asustarle, y se presentó al niño dándole un vaso de agua. El niño bebió sin cuidarse de hacer la señal de la cruz, y sin decir el *benedicite*. Admirado el diablo de esta negligencia se hizo al momento pequeño y se entró en el cuerpo de la criatura para enseñarle á ser más circunspecto en lo venidero y que no descuidara sus devociones. Es decir, que el diablo servía á la causa de los curas, sus enemigos; ¿habráse visto mayores disparates? Bien, sigamos. Los padres, viendo á su hijo poseído, le interrogaron y conocieron pronto la causa de este accidente, le varonle á San Eucario, quien se apresuró á bendecir otro vaso de agua, que hizo beber al niño, é inmediatamente se retiró el diablo.

Rebusquemos en otro libro del mismo género:

Una joven monja era tan sumamente perseguida del diablo, que movía á compasión á todas las hermanas, puesto que no eran chanzas que sólo se hacen para ejercitar la fe y la paciencia, sino tormentos insupportables los que le hacía sufrir. El espíritu inmundo se arrojaba descaradamente sobre su pecho y la hacía toda especie de violencias. Para abreviar; después de muchos ayos para sacar el demonio del

cuerpo, lo consiguió un fraile con el tan acreditado *benedicite*.

Pero es sabido que no todos esos desgraciados, imbéciles, locos ó epilépticos, tenían tan buen fin. Cuando el poseído tenía algunos bienes de fortuna ó su fe religiosa no era muy firme, la Santa Inquisición se encargaba de sacarle los diablos del cuerpo, quemando vivos á los supuestos endemoniados.

Muy triste y vergonzoso para la especie humana es tener que reconocer hechos tan salvajes acaecidos en tiempos que casi tocamos con la mano, pero es mucho más bochornoso que en España se crea aún en brujas y endemoniados; y como comprobante se puede repasar la colección del *Nuevo Mundo* del año último, y se verá un grabado que representa una procesión de *endemoniados* (obres epilépticos) presidida por la AUTORIDAD CIVIL y mangoneando en ella, ¿cómo no?, el indispensable obispo de Jaca, es decir, LA IGLESIA, continuando su obra de fanatismo y embrutecimiento, y EL ESTADO colaborando en ella, como en los buenos tiempos de Torquemada.

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona Enero 1912.

Cobardía moral

Dan ganas de hacer una operación sucia viendo lo desaforadamente que algunos periódicos que se dicen liberales trabajan directa ó indirectamente en pro del clericalismo.

La escoria liberalesca que se ha pasado á la reacción para racionarse, va á conseguir que llegue yo á mirar con relativa simpatía á los neos de abolengo.

Aun cuando es natural esa conducta. Los que apostatan de cualquiera idea política ó religiosa por interés personal, tratan siempre de hacer olvidar su pasado con excesos de celo mentido.

Les pasa lo que á las prostitutas que se retiran del servicio activo por edad. No hay mujer honrada que exagere los escrúpulos más que ellas.

La Iglesia y la aviación

«Se dice que el Papa Pío X tiene el propósito de publicar muy pronto una encíclica contra los concursos públicos de aviación por considerar que ocasionan muchas víctimas y son objeto de explotaciones immoderadas.»

De *El Mundo* de la Habana.

Pues, señor, no ganamos para sustos.

Un día dice la Prensa que el Papa lanzó una encíclica contra todo aquello que huela á «modernismo». Otro, que lanzó otra condenando el lujo de las damas; ayer otra condenando la «falda-pantalón» y ahora prepara otra contra los concursos públicos de aviación.

Nada, lo dicho. Vivimos de milagro.

Pío X es un papa que se distingue de todos los habidos y por haber: un dechado de bondad, transigencia, mansedumbre, que se desvive por el bienestar del género humano.

¿Listima que no le oigan y atiendan todos los hombres de buena voluntad

Pero vamos á cuentas, señor representante del Cordero: mientras Su Santidad se desvive por evitar víctimas y explotaciones que le producen esos desgarramientos en el corazón, aún no ha visto la Humanidad una sola encíclica condenando aquella bárbara matanza hecha por los católicos franceses en la tristemente célebre noche de San Bartolomé y que mereció del Papa de aquel tiempo las más solícitas alabanzas.

Tampoco ha condenado aquel infame tribunal del Santo Oficio, que tantas víctimas produjo; ni las feroces guerras carlistas, cuyos principales promotores, sostenedores y defensores fueron los clérigos y frailes en connivencia con el Vaticano, y que tantas crueldades é iniquidades cometieron.

¿Condenó el Vaticano á los asesinos jesuitas Jacobo Clemente, Ravallac, etc., etc? ¿Ha condenado siquiera al bestial capellán de aquel asilo de Gracia, regentado por monjas, que echó á perder á una niña de cuatro años produciéndole ulceraciones avariósicas en diferentes partes del cuerpo, crimen que ha quedado impune?

¿Pero á qué seguir? Si fuéramos á enumerar solamente todas las víctimas que la ferocidad é intransigencia de la Iglesia produjo, llenaríamos centenares de tomos.

En cuanto á las «explotaciones immoderadas» á que dice prestarse la aviación, ¿qué decir, sabiendo los millones y millones que la Iglesia saca de los fieles sin reparar en medios ni perdonar ocasión?

Predique el santo padre con el ejemplo, como hacía aquel de que se dice representante, y quizás entonces haga el mundo un esfuerzo por olvidarse un poco de la historia sangrienta y anticristiana de la mayor parte de sus antecesores, y atienda en algún caso las encíclicas que publique; pero mientras no haga esto, tenga la seguridad de que no las atenderá.

ANTONIO LLANOS

Habana.

¿Que el concejal republicano de Huesca, D. Lorenzo Juyola, levantó un altar en su casa para casar una hija suya?

Quisiera no creerlo, por encontrar muy extraño que en una ciudad donde hay conventos y parroquias en abundancia, no encontrara ese señor un altar á propósito para celebrar la ceremonia.

¿Pero qué quieren ustedes que diga yo de eso, si es cierto? ¿Que fué una tontería ó una vanidad ridícula? Pues ya está dicho.

Como sería una falta imperdonable en los republicanos el volverlo á elegir concejal.

Todo degenera

Recorte de un periódico católico:

«Siendo grande el número de serpientes venenosas en un territorio de la América del Sur que los misioneros católicos habían ido á evangelizar, repartieron á los niños de las escuelas

que ellos dirigían medallas de San Benito.

Cierto día, al volver á su choza un niño de seis años, vió á pocos pasos de él una enorme serpiente, dispuesta á acometerle; pero él, en vez de intimidarse, sacando su medalla: «Acércate, si te atreves—dijo al reptil—que no te temo, pues tengo aquí mi medalla y puedes morderla si quieres.» La serpiente entonces cambió de dirección desapareciendo en un espeso matorral.

¡Miren la serpiente, y qué talento tenía, ó qué bien educada estaba! No, no se dan hoy serpientes así.

Todo degenera; hasta los reptiles que no se acogen á sagrado.

La política de capa y espada

(Continuación.)

Es, sin embargo, justo declarar que el espíritu guerrero del sacerdocio era, á lo menos, patriótico y hasta cierto punto religioso, pues se enderezaba á la defensa de la nacionalidad y de la fe; y es asimismo verdad que el alto clero, por razón del señorío que tenía sobre villas y vasallos, era obligado á concurrir con sus mesnadas al servicio de la guerra. (1).

Pero no es menos cierto que hubiera debido delegar en personas seculares el mando de tropas, como delegaba el arzobispo de Toledo su adelantamiento de Cazorla; porque de todas suertes parece poco conforme á las funciones evangélicas que los sacerdotes hagan lo que en otros constituye una irregularidad que incapacita para el orden sacerdotal (2).

Más difícil aún sería justificar su presencia en los combates de los partidos vicio tan común como antiguo, pues en los concilios de Toledo, asambleas verdaderamente políticas, «encuétrase ya al sacerdocio interviniendo en la gobernanación del Estado á par de la Corona y de la nobleza. Desde entonces el brazo eclesiástico tiene representación propia en las Cortes españolas hasta que el siglo corriente cambia la organización del Poder representativo.

Y menos mal si ya que interviniera en la dirección de lo temporal, se redujese á encaminar con prudente con-

sejo á los poderes por el cauce de la justicia, de la sana moral y del bien común; que esto, á lo menos, fuera conforme al espíritu cristiano. Pero es lo peor que, siguiendo el hilo tortuoso de la política, mezclábase en ella antes que para ordenarla, para pervertirla, de tal suerte, que es difícil encontrar en nuestra historia conjuración enteramente seglar, turbulencia sin obispo, intriga palaciega sin confesor, escándalo sin sacerdote que lo behdiga y guerra civil sin fraile que la predique.

D. Rodrigo Giménez, prelado esclarecido de la Iglesia toledana, intervino activamente en la política durante los reinados de Enrique I y Fernando III. ¿Quiénes sino él y los obispos de León, Oviedo, Astorga, Lugo, Ciudad Rodrigo, Coria y Mondoñedo, negociaron la incorporación del reino leonés en el de Castilla con perjuicio de las hijas del Rey Don Alonso, nombradas por él para sucederle? Y el buen D. Rodrigo no empleó desinteresadamente y por puro patriotismo su destreza diplomática, que fué premiada con el señorío de una villa en los nuevos dominios.

Con harta razón merecieron los obispos tristes lamentos de la lira de Don Alfonso X, (1) pues contribuyeron no poco á sus desgracias fomentando las diferencias entre él y los ricos hombres, lejos de componerlas. «Placiales, según *La Crónica*, que no oviese sosiego... en las Cortes de Burgos, convocadas por el rey para reducir á mejor consejo á la nobleza desobediente, la cual, incitada por el clero, abandonó en son de rebeldía aquellas Cortes sin dignarse oír á los mensajeros que Don Alfonso le envió para concertar una avenencia

El abad de Valladolid, D. Gómez García, muy favorecido de Don Sancho IV, y el obispo de Calahorra anduvieron en las intrigas fraguadas para anular, por falta de dispensa, el matrimonio de Don Sancho y doña María de Molina, y por su parte el arzobispo de Toledo, D. Gonzalo Gudiel, intrigó contra el abad; de tales manejos resultó que el rey le pidiese cuentas de la administración del tesoro real, las cuales, por cierto, no fueron tan claras como conviniera á la moralidad sacerdotal. El obispo de Astorga también representó papel importante en los engaños empleados por entonces para quitar el gobierno á don Lope de Haro y después á D. Juan de Lara.

EUGENIO SELLÉS

(Continuación.)

(1) Dice en las *Querellas*.

«Obispo et perlados cuydó que metien paz entre mi et el mio fijo, como en su decreto yaz; ellos dejaron aquesto et metieron mal assaz, non á escuso, más á voz es bien como el annatit (faz.)»

Como se ve, el clero atizaba también las discordias entre el infante D. Sancho y su padre, turbando así la paz doméstica y la pública.

COSAS QUE HE DICHO

Hay quien no se explica el afán de algunos concejales por ser nombrados

presidentes de las Casas de Socorro cargo que proporciona muchas molestias.

¿Casas de Socorro? Pues ello mismo lo está diciendo.

¿A qué están los concejales sino á so-correrse?—1890.

Con motivo del horrible asesinato cometido en Córdoba, del que han sido víctimas cinco personas, entre ellas dos niñas, un periódico conservador echa de menos la ley de Lynch.

Lo mismo exitamente les sucede á las madres españolas cuando los conservadores acuchillan á los estudiantes.

De modo que, ante tal unanimidad de aspiraciones, debería practicarse la ley de Lynch cuando los conservadores volvieran al poder.—1890

Los concejales de Madrid, tales como los quieren los conservadores:

«Hombres que por su talento, su alteza de miras, su probidad intachable, su espíritu enérgico, su conocimiento exacto de las verdaderas necesidades de Madrid, vayan á la Casa de la Villa.»

Esto quiere decir que los conservadores se retraen.—1887.

Ha dicho *La Correspondencia* que el Nuncio monseñor Rampolla goza de muchas simpatías en Madrid por sus relevantes cualidades intelectuales y morales, y aun físicas.

Si es reclamo, pase; si no, digamos con el ángel: ¡Ave María!—1887.

Hace pocos días fué encontrado desfallecido de hambre en el Retiro un licenciado de Cuba, siendo socorrido por el general Contreras.

Mal hizo el general. Debíó dejarle morir, para que pagase la torpeza que cometió no sentando plaza de fraile con lo cual se hubiera librado del servicio militar.—1897.

ALMANAQUE DE LA INQUISICION POR "EL MOTIN"

PRECIO: UNA PESETA

Advertencia.—Dedicatoria.—Efemérides sangrientas.—La Inquisición y Dios.—Los dos evangelios.—La Inquisición vive y funciona.—El horror á la Inquisición.—La inmoralidad hereditaria.—Los tormentos.—La Inquisición instrumento criminal de robo y asesinato.—La Inquisición ante la ética histórica.—La Inquisición universal.—Los jueces de la Iglesia y las mujeres.—Abusos del confesonario.—Opinión sobre la Inquisición.—Dios ejecutado por la Inquisición.—El Museo de la Inquisición.—Sermón célebre.—A los municipios de España.—Más sobre los tormentos.—La tortura.—La suspensión del tormento.—La evocación del fugitivo.—El tormento del Pudor.—La resurrección de los muertos.—Las cárceles de la Inquisición.—El calabozo del tormento.—El suplicio del «Hábito».—El mayor suplicio.

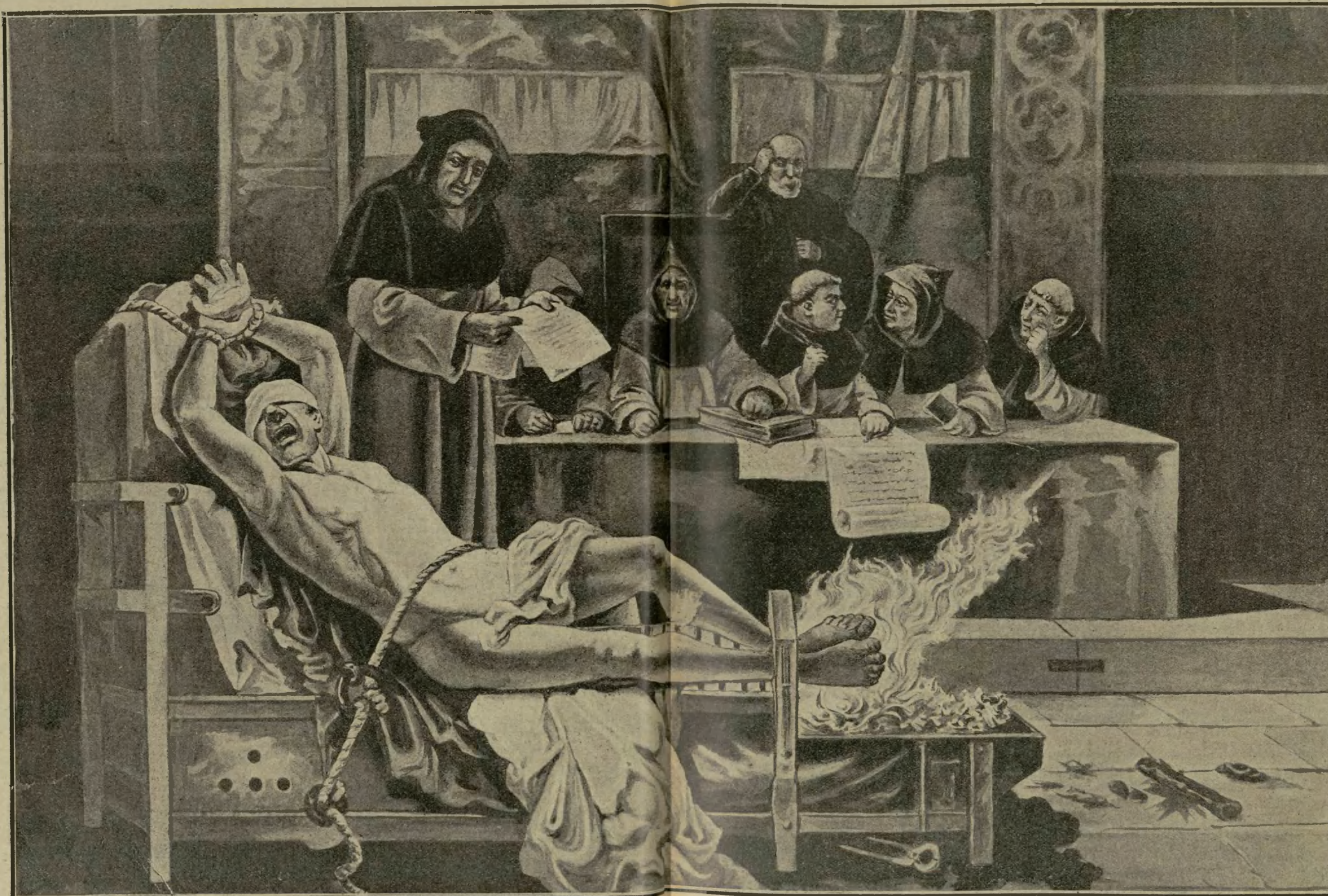
(1) En esto se fundan algunos canonistas, entre ellos Buardi, para sostener la compatibilidad del ejercicio guerrero con el estado eclesiástico. No hay que decir que este dictamen se aparta mucho del espíritu del Evangelio y de la doctrina general de la Iglesia.

«La guerra ofensiva—dice Walter—aunque sea contra infieles, siempre es culpable al sentir de la Iglesia, al paso que tiene por licita la defensa y por meritorio el favor dado contra una evidente injusticia.»

Sin embargo de esto, la ley 52, título 6.º de la Partida 1.ª impone á los Prelados la obligación de ir á campaña con su hueste; aunque los excusa cuando la guerra se dirija contra cristianos. A pesar de esta excepción el clero tomaba las armas contra príncipes cristianos y también en lutas civiles.

(2) *Ex defectu lenitatis*: así califica el derecho canónico la irregularidad que procede del oficio militar.

EL MOTIN



EL TORMENTO DEL FUEGO
Ayuntamiento de Madrid

LA CAMPAÑA DE "EL MOTÍN," EN EL EXTRANJERO

Un escritor inglés, de renombre europeo, William Heaford, ha publicado el siguiente artículo en el número correspondiente al 28 de Enero último en la importantísima revista de Londres THE FREETHINKER.

Me halaga ¿qué negarlo? ese juicio, por la parte que á la labor de EL MOTÍN se refiere; mas me indigna que el autor tenga razón, por la parte que toca á España.

¿Que si EL MOTÍN no hubiera publicado el *Almanaque* y los tormentos, el autor no hubiera escrito su artículo? Indudablemente: mas no por esto hubieran dejado de existir los males que señala y condena; males que se perpetúan en nuestra raza, y que es preciso combatir constantemente.

¿Que ya pasaron los tiempos inquisitoriales? No. Y para probarlo; léase el escrito que va á continuación.

La Inquisición española

La aplicación de tormentos á los presos en las cárceles de España, es una abominación que tiene sus causas en la religión más que en la política. No es España el único país civilizado donde las pasiones políticas bullen con efervescencia; pero sí puede, con Rusia, reclamar la infame distinción de ser el único país de Europa donde el tormento se usa como espada de la justicia. Y esto no es delatar á rusos ni españoles, sino que es una afirmación basada, desgraciadamente, en hechos; afirmación que quiere decir, que tanto el gobierno ruso como el español marchan á la zaga de la civilización y conservan deliberadamente en sus manos los instrumentos de tortura y calculada crueldad que la Iglesia manejó á través de tantos siglos de tiranía y superstición, usándolos como supremos símbolos de su temido poder. Las famosas palabras de Canalejas: «Toda España es Montjuich», equivalen á que todo gobierno español es una especie de Santo Oficio. Los terribles tormentos de Montjuich, la brutal actitud del gobierno de Maura ante Ferrer y la Escuela Moderna en 1906 y 1909, señalan el fondo y adornan la leyenda de las inicuas hazañas de los modernos descendientes de Torquemada.

Los clericales españoles y sus congéneres y ayudantes, que se encuentran en las filas de los conservadores como Maura y entre los arrepentidos como Canalejas, afectan un aire de virtuosa indignación cuando delante de ellos se nombra á la Inquisición. Nada irritó tanto á los reaccionarios españoles en el asunto de la infanta Eulalia, como el grito de la princesa cuando dijo que la actitud de la Corte para con ella era de carácter inquisitorial. La aseveración era verdad, y el hecho de que la princesa hiciera luego sumisión y diera muestras de arrepentimiento por temor á perder, no su vida, sino los 50 000 duros anuales, puede servir para re-

darnos que la Inquisición tenía muchos resortes, pero que su principio era: reprimir por la violencia, ó atemorizar con la violencia.

Hago estas observaciones sugeridas por la lectura de un artículo de *El País* (Diciembre, 14 1911), periódico radical y librepensador que lleva veinticinco años de incesante lucha, y en el que trata de las manifestaciones del espíritu inquisitorial en España, manifestado principalmente en las cárceles y presidios. La democracia de esta desgraciada nación y sus amigos y simpatizadores, deberían acordarse de que ahora más que nunca el alma de Gambetta grita: «El clericalismo! ¡he ahí el enemigo!» pues se encuentra en las instituciones, en las leyes, en el gobierno.»

(A continuación extracta el artículo de *El País* á que alude)

«Uno de los documentos más terribles que en mi vida he visto sobre cuestiones de los tormentos aplicados por la Iglesia, es el precioso volumen titulado *Almanaque de la Inquisición*, publicado por EL MOTÍN en Madrid. He de decir que si de Almanaque tiene poco, en cambio su rica abundancia en informaciones sobre la Inquisición hacen de él un notabilísimo libro, una de las piezas de propaganda más demolidoras que jamás haya dado á la publicidad la Prensa librepensadora. Está escrito por el gran anciano del librepensamiento español, José Nakens, y por su temible colaborador en EL MOTÍN, el ex clérigo católico Segismundo Pey Ordeix, y contiene descubrimientos asombrosos sobre la Inquisición, sus desenfrenos, sus torturas, imposibles de obtener con tanta autoridad en volumen tan manuable.

Al publicar esta acusación, única en su clase, contra el Santo Oficio, Nakens ha hecho una gran obra en favor del librepensamiento. Nosotros en Inglaterra, bajo el Protestantismo, parece haberlos olvidado de que fuera de nuestra creencia, y de la mitigada superstición, la Iglesia Romana, empedernida, impenitente *semper cadem*, sigue enamorada como siempre del fuego y de las llamas como pruebas evidentes de la cristiandad. Nuestro sopor, nuestra indiferencia, deben ser aguijoneados con el recuerdo de esas terribles páginas y convencernos de que Roma es hoy lo que fué ayer, lo que será siempre; y que no ha lanzado una sola palabra de reprobación contra Torquemada y demás inquisidores, aunque su lenguaje fuese en toda ocasión muy virulento al referirse á los grandes herejes del pasado y sus doctrinas.

Según dice Pey Ordeix, la Inquisición vive aún. El Papa sostiene en Roma las Congregaciones del Índice del Santo Oficio y de la Santa Inquisición y los descendientes directos y continuadores de las obras perpetradas en los siglos XV y XVI, con los mismos títulos y con las mismas miras idénticos procedimientos. Todos los instrumentos y maquinaciones de la época medioeval de los horrores de la Inquisición, existen en la actualidad en los conventos y monasterios de España. Aún se pueden

ver las mazmorras, y en esos antros de crueldad y de encarcelación perpetua van las torturas morales unidas á los tormentos materiales, asaz frecuentes. En prueba de ello, Pey cita varios casos recientes ocurridos en diferentes lugares. Ciertamente es, en efecto, que cuando en Julio de 1909 entró el pueblo en los conventos de Barcelona, se encontró en el de las Jerónimas unas parrillas para tostar penitentes. Y á propósito de esto, recordaremos el artículo 22 del Concordato con España, en el que dice que la Iglesia está autorizada para usar los conventos como lugares para ejercicios espirituales y otros usos piadosos, es decir, como lugares de encarcelamiento y tormento.

Es necesario que no nos dejemos engañar con esa inocente fraseología. La Iglesia siempre gustó de eufemismos; aborrecía la «efusión de sangre» y por eso quemaba al hereje en la Sagrada hoguera, como la llamaba.

EL MOTÍN, bajo cuyos preciosos datos hago este trabajo, ha principiado este año el volumen 32 de su agitada existencia, con una serie de magníficas y únicas informaciones sobre las crueldades y abominables torturas llevadas á cabo por la Inquisición española en nombre de Dios y de Cristo. Pey Ordeix ha desenterrado del *Archivo Histórico Nacional* de Madrid una serie de documentos, hasta ahora inéditos, y escritos por los miembros del Santo Oficio en su persecución á los herejes.

Todos estos documentos los viene publicando EL MOTÍN en el mismo lenguaje, frío, antiguo y recalitrante en que lo escribieron hace doscientos cincuenta años los inquisidores españoles.

Al leer los relatos detallados de las horribles torturas, dichas con el lenguaje seco, repetido, monótono y cruel; con la terminología inquisitorial en las actas de los notarios del Santo Oficio, á medida que se recuerdan las atrocidades cometidas en presencia de los prelados, familiares y altos dignatarios de la Inquisición que presenciaban impávidos los tormentos, oían tranquilos los gritos de dolor lanzados por las víctimas, y con fría indiferencia veían retorcerse á aquellos infelices en el potro cruel; al leer aquellas frías actas, con todos los detalles y particularidades de los escritos inquisitoriales, se puede comprender cómo la Inquisición se ha infiltrado en el alma de España y de sus gobernantes, y que también están infiltradas en la conciencia de los gobernados.

Pero si reflexionamos un poco, veremos que la doctrina fundamental del cristianismo es la doctrina del fuego del infierno, del fuego eterno, comparado con el cual, el fuego y los tormentos inquisitoriales eran sólo el vestíbulo, una pequeña prueba; y, por lo tanto, resulta tan claro como las llamas del infierno cristiano, que la ética del cristianismo es esencialmente una ética de terrorismo y de tormento, y que su principal recurso es el apelar al temor del fuego eterno y al sempiterno tormento.

WILLIAM HEAFORD

Después de leer este artículo, podremos lamentarnos de que el mundo civilizado tenga de la España oficial la opinión en él esbozada; pero tenemos que reconocer la exactitud é imparcialidad de sus juicios.

Y todo el que se tenga por patriota, debe trabajar constantemente en favor de un cambio de leyes y de costumbres para impedir que pueda continuar el mundo diciendo de España:

Hoy como ayer, mañana como hoy y siempre igual.

Confirmando el anterior

Cuando por exceso de original deo de publicar algún escrito interesante, lo guardo para utilizarlo más tarde; pero unas veces porque la oportunidad pasa, y otras porque no lo encuentro (nunca tuve la virtud del orden), el caso es que deo de insertar algunos que convendría difundir. Y doy esta explicación para que se me disculpe por no haberme ocupado hasta ahora de un artículo, publicado á fines de Diciembre en la *Aurora Social* de Oviedo. Se titula: *Cómo se administra la justicia en España*, y viene á justificar las apreciaciones que se hacen en el anterior. Dice así:

«El Noroeste, de Gijón, correspondiente al 19 del actual, dice:

«Ha fallecido ayer en la cárcel, víctima de tuberculosis pulmonar, el recluso Manuel Ortiz Fernández (a) *Tebo*, procesado por hurto.

«El *Tebo* se hallaba desde hace dos años en dicha prisión, en espera de que fuese fallada la causa por la que se vió sometido á proceso.»

Ahora bien: por el delito que estaba este preso, la mayor pena que le podían imponer era de seis meses y un día de prisión correccional. Cuando Manuel Ortiz llevaba ese tiempo en la cárcel, solicitó del juez por medio de instancia la libertad provisional, no siendo atendido. Repitió la súplica varias veces y como si clamara á la Luna. El juez ni se dignó contestarle.

La vista de su causa, aún no estaba señalada, á pesar de llevar en la cárcel dieciséis meses más de lo que con arreglo á la ley podían echarle, y su calvario se hacía interminable. Pero héte aquí que de momento hace su aparición el terrible fantasma de la muerte, más generosa que los hombres que nos gobiernan y dirigen, librando á *Tebo* del suplicio á que le había condenado la pereza ó maldad de un juez.

Por lo tanto, á Manuel Ortiz, joven de dieciocho años, y sin que Tribunal alguno dijera que fuese culpable, se le condenó á muerte por supuesto delito de hurto, en la primavera de la vida, si es que así puede llamarse la existencia de los míseros mortales que por descuidarnos en venir á este pécero mundo, no tenemos donde caerlos muertos.»

«Prisiones preventivas como la indicada hay muchas. Hace cuatro meses compareció ante la Audiencia de Oviedo Cándido Alonso, acusado en complicidad de un robo. El fiscal retiró la acusación contra él por faltas de pruebas.

Cándido llevaba veintiséis meses de prisión preventiva.

Pero, si muy censurables son los hechos relatados, mucho más lo es el que sigue:

En esta cárcel se halla un preso llamado Vicente Tomás Blanco, de sesenta y nueve años de edad, por supuesto cómplice de robo. Este anciano lleva treinta y dos meses de prisión preventiva. El juicio de su causa ha sido señalado cinco veces y otras tantas suspendido por causas ajenas á Vicente. En el hecho están complicadas seis u ocho personas más, disfrutando éstas de libertad provisional mediante fianza. A Vicente le ofrecieron la libertad provisional mediante fianza de 500 pesetas, pero él no las tenía ni quien se las prestara y no pudo salir de la cárcel como los demás. Una buena mujer de Gijón, compadecida del pobre viejo, presentó como fianza una pareja de bueyes y un carro que tenía, pero el juez no se la admitió porque no pagaba cierta contribución, y, por lo tanto, aquí estará este buen hombre hasta que los señores que con un gesto generoso pudieran darle la libertad y terminar su calvario, crean que le han hecho purgar bastante un delito que no ha cometido.»

«Causas de la enfermedad que privó de la vida al joven Manuel Ortiz Fernández y á tantos otros que por estas casas dejan sus huesos? Son muchas. Una alimentación insuficiente y mala. Unas celdas húmedas y sin viento, á causa de ser las ventanas pequeñas y estar casi pegadas al techo, estando la puerta de la celda cerrada día y noche. Un régimen carcelario cruel, inhumano ó inquisitivo.

Mientras fué director de la cárcel de Gijón D. Eduardo Alvarez Herrero, aquéllo era una verdadera Inquisición. Porque el viento derribó el palo que sostenía una ventana rompiéndose un cristal, el preso que ocupaba aquella celda estuvo cuarenta y dos días en celda de castigo á pan y agua (algunos días hasta el agua le fué negada), terminando su calvario porque el juez lo echó á la calle.

A otro trece días con grillos y á pan y agua, sin tabaco y durmiendo en el suelo, todo por abrir el ventanillo y prestar á un niño la tohalla. Y otros muchos castigos que no cito para ser más breve.

Todos estos atropellos los denunciábamos al juez; se presentó éste á formar expediente, comprobando todo lo dicho por los presos. ¿Y qué conseguimos? Pues que D. Eduardo fuera trasladado á Pontevedra ascendido y con 500 pesetas más de paga.

En la cárcel de Oviedo, respecto á los malos tratos estamos bien, porque no existen en la actualidad. Contamos con un jefe noble y respetuoso, y lo que puede conceder al preso no lo regatea. Siento no poder decir otro tanto del mérito y la Diputación Provincial, porque tienen esta cárcel en un abandono escandaloso. — *Marcelino Suarez*. Cárcel de Oviedo, 25 Diciembre.»

Queda una vez más comprobado lo que el inglés H. Aford dice en su artículo respecto á la manera de administrar justicia en España y de aplicar tormentos.

Si los republicanos se dedicaran en el Congreso á exponer estos males y proponer el remedio, algo más fructífera sería su labor que pronunciando discursos maravillosos para demostrar lo que sabe todo el mundo: que los conservadores son saguinarios y los demócratas cobardes.

¡Así, así!...

Se ha celebrado en Herrera de Alcántara un acto civil como deberían celebrarse todos: con alegría, con entusiasmo, con música, con banderas, cual corresponde á todo acto de emancipación: el acto de inscribir en el Registro civil un niño nacido de padres portugueses.

El Centro republicano abrió sus puertas al salir el sol, y después todos los socios desfilaron ante las banderas portuguesa y española, que formaban simbólico trofeo, al son del himno nacional portugués, en el que tomaron parte varios niños.

El pueblo en masa acompañó al recién nacido hasta el Juzgado, donde se hizo la inscripción al compás del himno portugués y el de Riego.

El juez, D. Marcelino Vilela, besó después al niño, lo presentó al público y lo depositó bajo la bandera portuguesa en brazos de su madre. El pueblo, conmovido, aplaudió frenéticamente.

Al regresar al Centro, igual manifestación de entusiasmo. Se obsequió con dulces á todos los niños y á los padres del inscripto.

Uno de los medios de que la Iglesia se vale para mantener vivo el fervor de los fieles, es el de dar solemnidad á todos los actos que celebra.

Quitémosla nosotros ese monopolio al celebrar actos civiles, para que se vea que tenemos á orgullo el practicarlos.

EL SONROJO DE UNA MOMIA

«En este mundo no se tiene consideración á nada.

El que ayer recibía homenajes y serviles demostraciones de respeto, recibe hoy un despectivo puntapié en cualquier parte.

Nos sugiere estas acerbas reflexiones una noticia que á nosotros llega por conducto autorizadísimo.

Un sabio arqueólogo, procedente de Egipto, se presentó hace días en la Aduana de Marsella.

Entre los bultos del sabio figuraba una momia.

¡Una momia preciosa, morenita, muy bien vendada, verdaderamente faraónica!

Los empleados de Aduanas se quedaron perplejos ante el momificado flambré.

Nunca se les había presentado un caso semejante.

¿Cuánto debía pagar el arqueólogo por aquella mercancía?

Los aduaneros consultaron libros, celebraron consejo, y, por fin, dictaron esta peregrina sentencia:

«La momia debe ser sometida á la misma tarifa que la mojama y el pescado seco.»

¡Un Faraón equiparado á la mojama! ¡En eso para el valor, la juventud y el poder!

¡Sea usted momia para eso!

Hasta aquí *El Heraldo Alavés*, periódico redactado por sacristanes.

—¿Entonces, los neos tienen ingenio de vez en cuando?—preguntarán ustedes.

Nada de eso; éste cuento de la momia lo pueden encontrar en el *Epistolario de Fradique Mendes*, de Eça de Queiroz, la obra más herética del insigne novelista portugués.

De lo que se deduce: 1.º que los clericales no se paran en barras en cuanto á fusilar asuntos y engañar á los lectores. Y 2.º que les importa tres pitos que los libros estén prohibidos, para leerlos si les conviene... robar las ideas.

¡Descontentadizos!

Un periódico de Granada censura al cura de Lachar porque en un día de precepto no quiso levantarse á decir misa, al enterarse de que hacía mucho frío.

Y se conduce de los lugareños que llenaban el templo de bote en bote, entumecidos por la densa niebla, y que se retiraron mnr murando.

Es muy común esto de no apreciar las gangas que á uno le caen.

¿Cuál mayor para esos vecinos que la de encontrarse con un cura que está en el secreto?

Porque ese debe estarlo; no me cabe duda. ¿Cómo, si no, hubiera dejado sin misa en día de precepto á sus fieles, exponiéndose á que lo creyeran partidario de aquel antiguo refrán español: «con una misa y con un marrano hay para todo el año»?

¡Y se quejan todavía esos «afortunados vecinos»! Haga el diablo que les caiga un cura que los obligue á oír tres ó cuatro misas diarias.

Así aprenderán á dominar sus pasiones religiosas.

Sobre cornudos, apaleados

Ante todo debo pedir á la gente «sensata» de mi patria, que si me voy del seguro no me aplique los dictérios de antipatriota, de sectario fanático, de mal español, etc., etc.; porque lo que voy á tratar es algo tan grave y bochornoso para todo español bien nacido, que á duras penas podré contenerme contra los que gratuitamente pretenden vender carta de patriotismo y de españolismo. Voy á los hechos:

El día 4 del corriente mes, llegaron al puerto de la Habana los vapores *La Navarre* y el *Kromprinsesin Cecilie*, con-

duciendo á bordo ochocientos y noventa y cinco inmigrantes respectivamente. Tan pronto fondearon y la Sanidad les dió entrada, subieron los inspectores de Inmigración del Estado á despa- char el pasaje, pero tras de los inspectores subió también el viceconsul español Sr. La Cierva, situándose al lado de ellos. ¿Saben mis queridos lectores para qué? ¡Pásmense ustedes! Para de tener á todos los inmigrantes que hubiesen salido de España clandestinamente ó con documentación falsa y hacer á las compañías navieras que los reembarcaran para el puerto de su procedencia.

Tal hecho indignó á los inmigrantes, dispuestos á arrojarle al agua por el camino, antes que caer de nuevo en las garras del gobierno español, y hubo quien, encarándose con el susodicho funcionario, le espetó este discurso, que es en síntesis el común sentir del pueblo español:

—Olga usted, señor mío: yo traigo documentos legales; pero si los trajera ilegales por estar sujeto á las «quintas» y haber tenido que embarcar clandestinamente, nadie tendría derecho á censurarme. Yo dejo en mi pueblo á mis pobres padres y hermanos empeñados hasta la coronilla y en la mayor miseria, por causa del caciquismo, de la Iglesia y del centralismo absorbente de los gobiernos. ¿Por qué, en vez de ir á Marruecos á defender intereses de empresas que no nos han de repartir sus dividendos, no nos dejan tranquilos en nuestras casas, ya que otra cosa no sea, ayudando á nuestros padres á trabajar la tierra que ni siquiera nos pertenece de hecho?

¿Por qué, en vez dejarnos tranquilos, ya que como redentores habéis fracasado, nos obligáis al éxodo general promoviendo guerras inútiles y estériles? ¿Y por qué no vais vosotros á ellas, ya que sois los verdaderos interesados, dejándonos tranquilos á nosotros que nada os pedimos?

Yo no vengo á Cuba á desempeñar á mis padres flado tan sólo al esfuerzo de mi cabeza y de mis manos. De mis ahorros, amasados con toda clase de sufrimientos y privaciones, participaré tu gobierno y tú más que mi familia, puesto que irá á vuestras manos en contribuciones exorbitantes é injustas, en cédulas y en toda clase de impuestos. ¡Y aún os quejáis! ¡Y aún pretendéis que yo, convertido en piltrafa humana, os dé mi sangre y mi vida que tanta falta hace á los míos! ¡Misera- bles!

Y calló, pero sus puños cerrados de mostraban la ira de que estaba poseído.

Acto seguido, se dirigieron varios de ellos á los inspectores de inmigración, protestando de la intromisión del funcionario español y pidiendo amparo á la Jefatura del Departamento contra ese hecho indigno y sin precedentes.

Debemos hacer constar que estos señores suben á bordo con el pretexto de inspeccionar en qué condiciones llega el pasaje y si ha sido bien tratado durante la travesía (cosa que todos aplaudiríamos sin reserva alguna), pero el objeto ya comprenderán mis lectores que es otro completamente distinto. Impotentes los gobernadores españoles, pretenden, faltos de iniciativas, rutinarios y cobardes cargar sobre las compañías navieras la responsabilidad

de sus desatinos é impotencias, haciéndolas reembargar para el puerto de su procedencia á estos pobres inmigrantes que no han cometido otra falta que huir de una nación donde se les niega protección, hogar y patria y en cambio se les pone en esta horrible alternativa: morir en un Barranco de Lobo aseñados, ó de miseria en su choza.

¡Pobre Juan Español! ¡Cuándo te verás libre de persecuciones y atropellos! ¡Cuándo levantarás esa cabeza de león entumecida por el frío de los desengaños!

La patria sangra por sus cuatro costados.

Hace unos días que procedente de Barcelona, Cádiz y Canarias, fondeó en el puerto el vapor *Pío IX*, de la compañía de Pinillos.

A pesar de su poca capacidad trajo á bordo la increíble cifra de ochocientos cincuenta inmigrantes, pero en tan pésimas condiciones, que á media milla del barco ya se sentían los nauseabundos olores que despedía. Tengo para mí que un vapor cargado de estiércol no produciría tanto mal olor, y se explica perfectamente, pues á bordo se desconocen las reglas más elementales de la higiene, ni tampoco las condiciones del vapor son á propósito para conducir pasajeros.

Pero, claro, esta Compañía, hermana política y religiosa de la de Comillas, que ostenta en la chimenea una cruz vaticanista de grandes dimensiones, no encuentra dificultades para la exportación de «carne humana», gracias á las facilidades, privilegios y prerrogativas que le concede el gobierno español, al igual que á la Trasatlántica, á cambio de los malos tratos y desconsideraciones tenidos con los emigrantes. ¡Vaya todo por el amor de Dios, de ese Dios jesuítico y comillesco!

Aquí quisiera ver yo á los patrioteritos del «A B C» y de «La Cotorrona» ensalzando las excelencias del régimen y de los gobiernos ciervunos que padecemos, á la vista de estos horribles cuadros de miseria y de abandono. Tirados, primero, sobre la cubierta del vapor confundidos entre la inmundicia y el carbón, más negros y grasientos que los fogoneros, descalsos, faltos de agua para bañarse y de ropa para mudarse porque el capitán del *Pío IX* no le pareció bien entregarles sus equipajes á tiempo para desembarcar medianamente aseados, y dando despues el triste espectáculo de vagar por esas calles completamente rotos y sucios y las mujeres desgrefñadas, convertidas por arte de una Compañía en furias del Averno, provocando á su paso en unos la burla y el escarnio (que también hay en este mundo quien se ríe de la desgracia) y en otros la compasión y la ira.

¡Hipócritas! ¡Aquí, aquí los quisiera ver yo, pero convertidos en inmigrantes como esos infelices!

Excuso decir qué á bordo no apareció funcionario alguno español con carácter oficial; si acaso, lo habrá hecho particularmente, tal vez á brindar con el capitán por la prosperidad de la Compañía, sin cuidarse de que á sus pies gemían de dolor y de necesidad centenares de nuestros compatriotas.

Se trata de una Compañía española y por lo tanto inmune para los efectos de la Ley.

¡Y que teniendo tanta tela donde cortar se entretengan los primates del partido republicano en dimes y diretes que á nada práctico conducen! ¡Es para morirse de asco!

ANTONIO LLANOS.

Habana 20 de Diciembre de 1911.

MATEMÁTICAS CONSOLADORAS

Pronunció el ecónomo de Illescas, D. Lope Chirón, un sermón espeluznante, describiendo los castigos horrosos y nunca conocidos que sufren las almas en el antro cavernoso llamado Purgatorio, situado en las entrañas de la tierra y encima de las profundas y no menos tenebrosas simas del infierno; sermón que causó gran espanto en quienes lo oyeron.

Un periódico de aquella población, titulado *La Voz de las Arenas*, después de elogiar al joven orador, tuvo la caritativa idea de consolar á sus convecinos, demostrándoles que la misma Iglesia facilitaba el remedio para evitar aquellos sufrimientos, concediendo indulgencias por rezar ciertas oraciones; desarrollando su idea en esta forma:

•ORACIONES

1.ª Concedida por Clemente VII.	Se gana plenaria.
2.ª	300 días.
3.ª	300 "
4.ª Repetida tres veces	5 250 "
5.ª	2 835 "
6.ª	300 "

Las anteriores oraciones, que rezadas despacio cada una se tarda un minuto, arrojan un total de 9 255 días, ó sean 25 años y una plenaria, que son las ganadas por una persona en veinticuatro horas.

Suponiendo que de los 60 años de la vida media de una persona, 35 pueda estar en condiciones de rezar, en este tiempo puede ganar, para sí y para sus difuntos, la cantidad de 319 375 años y 12 775 plenarias.

Entre la población católica del mundo se puede calcular en 1 000 000 de personas las que recen las anteriores oraciones ú otras análogas, y en su consecuencia, tendremos que diariamente salen del Purgatorio 1 000 000 de almas por plenarias, á más del remanente de 25 000 000 de años por las demás indulgencias.

Supongamos, pues, como término medio de la estancia de un ánima en el Purgatorio 100 años, y tendremos que salen diarias 250 000 almas por el sobreabundante de indulgencias, y que unidas al millón de plenarias ganadas, arrojan un total de 1 250 000 almas que sacamos diariamente del Purgatorio.

Existiendo en el mundo una población de 900 000 000 de habitantes, y haciendo ascender la mortalidad diaria á un 1 por 10 000 proporción á la que ni remotamente ha llegado ni aun en los años de grandes epidemias, guerras y catástrofes, resultará que diariamente mueren en el mundo 45 000 personas, y como por las indulgencias salen diariamente 1 250 000, resultará un saldo

de 1.205.000 á favor de las que salen sobre las que entran.

Supongamos que estos rezos solamente se vengan efectuando de 100 años á esta fecha (tiempo insignificante y años de más decrecimiento, por corresponder al siglo de las luces, y prescindiendo de las épocas de Felipe II, Carlos I, Carlos II, etc., en que la religión todo lo dominaba), y tendremos un aumento de salidas sobre los ingresos, de 43 982 500 000 personas.

¿Cuánto tiempo hace falta para que mueran cifra igual de personas á razón de 45 000 diarias? Pues la friolera de 2 714 años; de modo que, aun cuando no se rece más, y todos, absolutamente todos cuantos se mueran vayan al Purgatorio, como las oraciones, según nos demostró el Sr. Chirón, no quedan ineficaces en 2 714 años, ó lo que es igual, hasta el año 4624 de nuestra Era, todos los que mueran irán, sin perderse uno solo, al cielo, pues se hallan redimidos de antemano por los rezos de muy pocos católicos, y esto sólo durante los años de 1810 á 1910.

Entiendo tan poco de números, que no sé si estarán bien hechos esos cálculos; pero, en fin, como algún pequeño error no alteraría gran cosa la demostración, los publico para consolar á mi vez á aquellos de mis lectores que tengan probabilidades de ir al Purgatorio, ya que yo no puedo disfrutar de ese consuelo, por tener la seguridad completa de que si muero á las tres, por ejemplo, á las tres y medio minuto estoy ya en el infierno tomando una ducha de plomo derretido para entonar mis nervios.

No pequen, pues, mucho, para no hacerse dignos del infierno, y no se acurran por lo del Purgatorio de donde tan fácil es salir, según los cálculos esos.

Tristes de los que, como yo, no pueden abrigar ni esa esperanza siquiera, á menos de no cantar á última hora una indecente palinodia.

Que no la cantaré (dicho sea entre paréntesis), á no ser que los jesuitas me anticipen cuatro ó cinco millones de pesetas para hacer cómodamente el viaje de aquí al cielo.

Que acaso no lo hagan, privándose así de la satisfacción de ver luego á todas las personas decentes escupir sobre mi tumba.

Historia que parece cuento

En un pueblo de Asturias cuyo nombre no hace al caso, existía desde tiempo inmemorial una costumbre muy arraigada, que consistía en lo siguiente. Todos los años en tiempos de manzanera el cura del pueblo regalaba un cochino á sus feligreses, repartiendo equitativamente esa pequeña restitución que uno de sus antecesores se había impuesto para cosechar luego más y mejor.

Pero llegó un año de penuria, y el buen párroco tomó la resolución de suprimir el cochino, no sé si con objeto de que no se indigestara en el estómago vacío del pobre campesino. Mas no sabiendo cómo arreglárselas, tomó

el parecer de su cuasi secretario el zapatero del lugar, que cuando no estaba bajo la influencia ciclónica del alcohol, pensaba y razonaba como un catedrático de Filosofía, y el que le habló en estos términos:

—Mire, padre; lo mejor que puede hacer, después de matar el cochino, es colgarlo bajo la panera para que lo vea todo el mundo, y á media noche lo descolga, y dice que se lo han robado; pero, eso sí; me reservará mi parte.

—¡Magnífico, magnífico! Voy á poner en práctica tu gran idea.

Y efectivamente, la puso.

Mas calcúlese el asombro del cura cuando á media noche fué á descolgar el cochino y se encontró con el sitio.

A la mañana siguiente fué á ver á Crispín.

—¿Qué le trae de bueno por aquí, señor cura?

—Pues casi nada. ¡Que me robaron el cochino!

—¡Eh, eh! Poco á poco, padre. A mí no me venga con esas: ó me da la parte que me corresponde, ó juro á Dios! que lo publico todo por el pueblo.

Y el demonio de Crispín, que se había alzado con el santo, aún pedía la limosna.

A pillo, pillo y medio.

A. LL.

La enseñanza clerical

Siempre que se habla ó se escribe contra la enseñanza clerical, los que se creen amenazados por el «espíritu nuevo» prorrumpan en exclamaciones como éstas:—«¡Contra lo que se va es contra el sentimiento religioso!»—«¡Se quiere educar á las generaciones nuevas en la impiedad y el ateísmo!»—«¡Se pretende arrojar de la escuela, y por consiguiente del alma del niño á Dios!»

Es completamente falso. Ni se va contra el sentimiento religioso, ni se quiere educar en el ateísmo y la impiedad á las generaciones nuevas, ni se pretende arrojar á Dios del alma del niño. El «espíritu nuevo» es altamente, hondamente, profundamente religioso. En la gran revisión de valores espirituales llevada á cabo por la ciencia contemporánea han quedado á salvo los grandes principios que dan un noble sentido á la vida. Pudo hacer bastantes años hablarse de conflictos entre la religión y la ciencia. Hoy un título como el del famoso libro de Draper, nos haría sonreír.

Lo que hay es que la enseñanza tradicional de la Iglesia va resultando cada día más incompatible con todo el sentido de la cultura moderna. Históricamente, en la evolución general de las instituciones, en la evolución general del pensamiento, la Iglesia, que tuvo un día la dirección de los espíritus, se quedó, no ya atrás, sino fuera del camino de la civilización. Y es evidente que mal puede aspirar á conducirla.

Son los primeros en reconocer esto los creyentes sinceros ó ilustrados que se preocupan seriamente del porvenir del catolicismo. «Hemos vivido—dice el abate Le Morin—en un aislamiento solemne, desdendiendo todo contacto con los que piensan y conducen el mundo. Inmovilizados en el pasado voluntaria-

mente, indiferentes ó hostiles á las incasantes transformaciones de la vida que triunfa al lado nuestro, inhospitales para con las ideas de nuestro siglo, la sociedad contemporánea ve en nosotros un elemento refractario al progreso que es necesario destruir. No sólo hemos llegado á ser impotentes para cumplir nuestra misión evangelizadora cerca de las generaciones nuevas, sino que ni aún podemos ponernos con ellas al habla y tratar de conquistarnos sus simpatías, ignorando como ignoramos su lenguaje, sus necesidades, sus aspiraciones.

Por su parte, una autoridad como el abate Loisy escribe: «No se trata ya de defender la teología de los ataques de una ciencia que, no teniendo por qué temerla, ha concluido por no ocuparse de ella. Se trata de que el catolicismo en su forma intelectual pueda ser aceptado, no sólo por los sabios de profesión, sino por las personas simplemente cultas, con esa cultura elemental que proporciona actualmente la enseñanza primaria y que no se aviene ya con ciertas afirmaciones corrientes en los catecismos y manuales de teología, tales como la creación del mundo cuatro mil años antes de Jesucristo, la historicidad del diluvio, la longevidad de los patriarcas, la confusión de las lenguas y otras semejantes. Hay una especie de incompatibilidad latente, de lo cual va percatándose cada día mayor número de personas, entre el conocimiento general del mundo, y del hombre que se aliciere hoy en la enseñanza más elemental y la doctrina tradicional católica. Un cambio substancial de ésta no es necesario y sería imposible; lo que se impone y urge es un cambio de espíritu y de actitud ante el movimiento intelectual de nuestro tiempo.»

No son, pues, los «impíos» los que, en nombre de la cultura moderna, combaten la enseñanza tradicional de la Iglesia. Nada menos que en los *Anales de la Philosophie chrétienne* (Agosto Septiembre de 1903) se lee: «La cosmología caldeo judía fué reemplazada por el sistema de Newton y Galileo y tuvo razón contra la Biblia. La geología nos fué poco á poco mostrando un esquema de la creación completamente distinto del de el Génesis. La paleontología nos dió á conocer transformaciones zoológicas en contradicción con la creación súbita de las especies. La antropología prehistórica nos muestra el advenimiento del hombre sobre la tierra entre los períodos terciario y cuaternario en condiciones en nada semejantes al de Adán y Eva. Así, de regresión en regresión, la Biblia ha llegado á vaciarse de todo su pretendido contenido científico.»

Y no digamos nada de los milagros que llenan aún la imaginación de los niños... y de muchos que no son niños. El diluvio, universal según la tradición, más ó menos universal después de los estudios de Omalius, Robert, Suess y Girard, no es, según el reverendo P. Lagrange, una página de historia, parte de un gran poema; es más bien cosa de la mitología. La conversión de la mujer de Lot en estatua de sal es también un mito, según el reverendo P. Ilummelaner. El milagro de Josué no es, según Mr. Hogan, más que la descripción caótica de un fenómeno

natural. En cuanto al Nuevo Testamento, el gran milagro de la resurrección de Lázaro es, según Loisy, «no un hecho, sino la percepción simbólica de una verdad religiosa.»

La iglesia, sin embargo, se obstina en permanecer aferrada á lo que se llama tradición. Así como su historia es todavía la historia de la Biblia, así como su ciencia es todavía la ciencia de la Biblia, su filosofía es aún la filosofía de la Edad Media. ¿Cómo pretender que una tal filosofía pueda hoy, no ya satisfacer las exigencias de los espíritus, sino interesar á las gentes? «La escolástica—ha dicho un católico insigne, M. Le Roy—fué en su tiempo la filosofía moderna, pero hace de eso seiscientos años, y hoy nada podrá hacer que no sea la filosofía de hace seiscientos años.»

Son, pues, los católicos sinceros é ilustrados los primeros en combatir por anticuada, por anticientífica, la enseñanza tradicional de la Iglesia. En el seno mismo de ésta se está produciendo actualmente un gran movimiento de avance hacia la cultura y la civilización modernas. Langen, Froschammer, Hirjcher, Malher, Kraus y el gran teólogo Schell en Alemania; Dimmet, Maumus, Houtin, el padre Battifol, Dupin y los citados Le Morin, Loisy y Le Roy en Francia, el exjesuita Tyrrel en Inglaterra, y en Italia un grupo de sacerdotes jóvenes y entusiastas, que cuentan con tan importantes órganos de publicidad como *Il Rinascimento* y la *Rivista di cultura*, representan ese movimiento. Es un esfuerzo realmente noble y serio, y que no puede menos que inspirar una profunda simpatía. Se aceptan, en cuanto á los libros santos, los resultados de la crítica independiente, científica; se trae á revisión desde el concepto de revelación hasta el de dogma, que se declara incompatible, en su sentido tradicional, con la conciencia moderna, y se concluye que el catolicismo es, como todo, una evolución.

¿Cómo sostener, después de esto, que los que en nombre del «espíritu nuevo» combaten la enseñanza clerical van contra el sentimiento religioso? Los que verdaderamente van contra el sentimiento religioso son los que dan en el desatino de oponerse á la cultura moderna. Porque es la cultura—la cultura íntima, del espíritu—la que determina en nosotros, ante el hondo, impenetrable misterio de las cosas, una actitud religiosa. El sentimiento religioso es tanto más puro, tanto más noble, tanto más elevado, cuanto más amplios y luminosos son los horizontes del pensamiento.

ALVARO DE ALBORNOZ

¡Desagradecidos!

Laméntanse los curas de que haya librepensadores, racionalistas, masones, etcétera, etc.

¡Tontaines! Pues si no los hubiera, ¿de qué iban á vivir ellos?

Sólo quisiera tener, para ser más rico que Rostchild, los cuartos que han espantado á los fieles tomando en boca el nombre de EL MORIN.

En conciencia, me deben un dineral. ¡Cuántas comilonas para ellos, cuántos vestidos para sus amas, y cuánta mantilla para los chiquitines de sus sobrinas habrán comprado poniendo á EL MORIN por pretexto!

Debería abandonarlos á su suerte, por ingratos y carcundas.

La maravillosa historia de Juan Bautista Gindri

Es verdaderamente una figura de héroe de novela la del abate Juan de Lavigne, marqués de Saint Mars, príncipe de Belmonte, etc., preso en Roma por haber estafado á varios cardenales cantidades de consideración.

Juan Bautista Gindri, desertor del ejército italiano, varias veces condenado á presidio, es inventor de un nuevo sistema de robar. Despreciando las ganancias, las palanquetas, las letras falsificadas, los anónimos, las armas blancas y de fuego, el cloroformo y demás elementos utilizados por quienes viven de apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, buscó en su imaginación medios nuevos y seguros que le permitieran vivir bien sin sujetarse á ningún trabajo ni disciplina. Y dedicóse á robar á los eclesiásticos de alto y bajo rango, á las Corporaciones religiosas y á las personas conocidas por su riqueza y su acendrada piedad.

Sus medios eran no los violentos que emplean los ladrones vulgares, ni siquiera los más hábiles de los estafadores que son maestros en el arte de la falsificación. Con una lista de nombres de aristócratas franceses é italianos, una sotana de abate, trajes de cardenal, obispo y arzobispo, media docena de ternos elegantes, unos quevedos de oro y un reloj del mismo metal, Juan Bautista ha recorrido Francia é Italia, viviendo como un príncipe efectivo y dejando tras sí numerosas víctimas, que se lamentarán toda su vida de haber creído sus fabulosas historias. En Italia, y luego en Francia—donde le encarcelaron y concluyeron por expulsarle—ha estafado muchos miles de francos.

Sus últimas hazañas, efectuadas en Roma, constituyeron un digno coronamiento de su vida pintoresca y criminal. Alojose en un hotel de primer orden de la Ciudad Eterna y dijo que era un abate francés.

Entregóse á los mayores actos de piedad. Rezaba durante horas enteras, frecuentaba las iglesias, tronaba, en la mesa redonda, contra los impíos Gobiernos de su país, y se arrodillaba en su habitación y fingía estar entregado á un éxtasis profundo delante de una imagen, cuando algún criado podía verle.

Pero bien pronto advirtió que aquellos extremos le habían hecho sospechoso á sus compañeros de hotel. Entonces cambió de táctica y fuése á vivir á un hotel más modesto, frecuentado por viejas señoras, inglesas y protestantes en su mayoría. Su piedad no escandalizó allí á nadie. Antes al contrario fué objeto de admiración. Parece, que

varias de dichas damas se acordarán toda su vida de haber conccido á Juan Bautista.

El día 8 de Enero presentóse ante el vicario general de Roma y le dijo:

—Soy el abate francés Eduardo Lanzetti, de Tours. Vengo á pedirle un *celebret* (autorización para decir misa en Rome) He aquí mi *discessit* (permiso para abandonar la diócesis á que se pertenece). Me lo ha dado mi jefe jerárquico, monseñor René-Francisco Renón, arzobispo de Tours.

El documento estaba perfectamente en regla y el vicario general concedióle el *celebret*. Ignórase aún en qué iglesias dijo misa el falso sacerdote. Lo que se sabe es que estuvo á punto de decir la en la misma basílica de San Pedro.

Un capellán de ésta, á quien había encantado la conversación agradable y los finos modales del falso abate, ofreció la cederle su turno. Juan Bautista aceptó; pero antes de que dijera misa en San Pedro le prendieron.

Durante su estancia en Roma, Juan Bautista, fingiéndose unas veces abate, otras cardenal y algunas príncipe, estuvo á muchas personas, entre ellas á algunos cardenales.

Cuando le detuvieron, la policía apresuróse á registrar sus equipajes; encontró en éstos los más diversos objetos. Juan Bautista llevaba siempre en sus viajes un guardarropa de arzobispo, otro de obispo, otro de cardenal, otro de simple sacerdote, varios trajes de paisano, muy elegantes, breviarios, libros de teología en latín, crucifijos, estampas, rosarios de nácar, medallas, joyas episcopales y una fotografía, verdadera maravilla de composición, donde aparecía al lado de Su Santidad el Papa Pío X.

Su truco más usado, y el que, según parece, le resultaba mejor consistía en lo que sigue. Se presentaba en un convento y persuadía al superior de que era, ya un título italiano, ya un título francés, bien un cardenal, un arzobispo ó un simple sacerdote. Cuando el padre superior estaba convencido de que había intimado con un gran personaje eclesiástico ó laico, Juan Bautista decía que un protegido suyo deseaba entrar en el convento.

—Yo pago lo que sea necesario—añadía.—Y si no hay que pagar nada, yo haré al convento un donativo.

En un día determinado llegaba al convento en compañía de un cómplice, y entregaba al superior un cheque.

—Yo pienso regalar al convento—decía—5 000 francos. Aquí entrego este cheque de 10 000. ¿Quiere darme la diferencia?

El superior, agradecido, se apresuraba á hacerlo así. El saludaba, echaba un sermón al cómplice, excitándole á ser buen religioso, y se iba.

Al día siguiente, el cómplice desaparecía á su vez. Escamábale el padre superior y tomaba informes. Y averiguaba, con dolor profundo, que el cheque era falso y que había sido víctima de un estafador.

Cuando Juan Bautista fué preso, no se inmutó. Dirigiéndose al inspector, repuso:

—Si me han cogido ustedes, no ha sido por mi culpa. Mi desgracia se debe á mi nariz colosal, *cyranesca*. Quien la ve una vez, no la olvida nunca. Y esto es lo que me pierde. Pero, en fin... Ten-

dré un poco de paciencia. Y, en último caso, sabré escaparme. Y cuando me vea otra vez libre... ¡Oh, ya reconquistaré la fortuna!..

(La Correspondencia de España.)

Una pregunta

Los médicos de la Beneficencia visitan gratis á las pobres, porque el municipio les paga.

Los catedráticos enseñan gratis en las Universidades é Institutos, porque reciben un sueldo del gobierno.

¿Por qué los curas, que también cobran del Estado, han de llevar dinero por bautizos, casamientos, entierros y demás faenas místicas?

Que me conteste el teólogo más bruto, (mientras más brutos, mejores resultan los teólogos) que exista sobre la redondez de la tierra.

Riqueza acaparada

He leído en un periódico neo que se le arrebataron (?) al clero con la desamortización, 9.834 millones de reales.

Asusta pensar en los horrores que había perpetrado para reunir esa cantidad enorme.

Si hoy con libertad, prensa y demás auxiliares del progreso, se atreve el clero á tanto, ¿qué no haría en aquellas épocas de ignorancia, embrutecimiento y fe?

Solamente con fijar la fabulosa cifra que se le hizo devolver, queda hecho el proceso del clero y condenado para siempre en la conciencia de las gentes honradas.

Los más indignos

Los clericales inundan á España de Hojas canalllescamente estúpidas maldiciendo de la libertad y excitando á sus secuaces á acabar con ella y con sus partidarios.

Los liberales, en su mayoría, rechazan todo periódico que combate á los que escriben esas Hojas.

¿Qué quienes son más dignos? Los clericales.

Esto no admite ni discusión.

Explicación

¿Por qué el clericalismo predomina? Porque son dueños de la sociedad los que viven del fraude, del robo, de la inmoralidad en todas sus manifestaciones.

La mujer del tendero enriquecida detrás del mostrador, grosera, ordinaria, de manos gordas y coloradas y de mejillas al pimentón, cargada de pedruscos brillantes y vestida de telas negras con brillo, ó de colores chillones y charros, ¿qué puede ser sino católica,

ya que supone que esto la absuelve de sus faltas, y le permite confundirse con las señoras de alta alcunía en los vanidosos espectáculos que se realizan á nombre de la caridad?

Y sus maridos, ¿cómo no han de ser católicos, sabiendo que Cristo perdona á los ladrones?

Mina de oro

He leído un artículo titulado *Cómo se obtiene el oro*, detallando las diferentes operaciones á que se somete desde que se le extrae de la mina.

No niego que todo sea cierto; pero hay otro medio más sencillo para obtenerlo: ponerse una capucha de frailes.

Con la ventaja de que se obtiene ya el oro acuñado y todo.

Un escapulario al cuello, un signo en la frente, arrodillarse unos minutos, mojar los dedos en agua, decirle á otro hombre lo que se hace...

El católico que nada de esto suprima, ya puede con tranquilidad perfecta cometer toda clase de fechorías y hasta de crímenes.

El infierno no prevalecerá contra él.

¡Sooooo!...

¿Cómo cocean ahora los burros clericales contra EL MOTIN! Algunos días hasta se olvidan de comer el pienso.

¡So!... segaos, ¡so!... cios ¡so!... lípedos de la Defensa ¡so!... cial! No os ¡so!... liviantéis tanto por lo que yo diga, ni estéis tan ¡so!... lícitos para rebuznar in ¡so!... *lidum*, creyendo que así vais á sentaros en el ¡so!... lío de la barbarie que con tanta ansia ¡so!... lícitáis; no sea que con tanto cocear se os vayan á estropear los cascos y no podáis luego ir, ¡so!... segadamente por vuestra pata á la novena.

¿Qué mosca os ha picado? ¡Calma, calma, no vaya á atacaros el muermo ó el lóbac!

Ya sabéis por experiencia que yo sé daros en las mataduras; parad, pues, los remos, ó empuño la gallarda y no hay veterinario capaz de curaros luego los verdugones que os levante en el costillar.

Y lo peor del ca ¡so! es que coceáis y rebuznáis con una fachenda in ¡so! portable, por creer que al hacerlo defendéis la causa de Dios, como si Dios necesitara de asnos para defenderse, y olvidándoos de que rebuznos de clericales no llegan al cielo.

Comprenderfase que la antepasada vuestra ¡so! bre la que entró Jesús en Jerusalén, rebuznase luego con cierta pro ¡so! popeye; pero no que lo hagáis vosotros, que ¡so! lo habéis llevado ó lleváis á lomos un fraile.

Conque á estaros quietos, ó mando que os pongan la manea y el acial.

Los templos y sus huéspedes

POR

Roberto Robert

XXVI

Por el mero hecho de no tener vergüenza y asomarse á ventanas de paño, no habrían sido los frailes arrojados de nuestra catoliquísima patria con el hierro y el fuego, como dicen o sucedió allá en el año de gracia de 1835, y aun se me figura que me parece estarlo viendo.

XXVII

Hoy hace cien años gozaba mi patria la dicha de tener en pie treinta y cinco órdenes religiosas, distribuidas en nueve mil novecientos conventos, con un bien nutrido personal (ligámoslo así) de sesenta mil siervos del Señor.

No diré que mi pobre patria fuese feliz bajo el punto de vista de los intereses intelectuales, morales y materiales; pero sí se puede afirmar que bajo el punto de lo divino, no teníamos más que pedir.

XXVIII

Había frailes blancos, pardos, cenicientos, achocolatados, es decir, que la ciencia, la virtud, la moral ultramundanas, todo lo más alto y sublime se le presentaba con tan diversos aspectos, que el único trabajo del español consistía única y exclusivamente en escoger el verdadero.

XXIX

¡El fraile!... En los últimos momentos del católico reinado de doña Isabel II, le vimos reaparecer fugazmente, como reaparece instantánea y casi opaca del fondo del candelero la póstuma llamarada del consumido cabo de vela.

XXX

A poco de subir al trono la inocente reina, tuvieron que trasponer volando los sagrados umbrales de sus coruscantes retiros; y al tiempo de caer ella, sin fuego, sin hierro, sin intimidación de nadie, prudentes y advertidos, dejaron sus bienes puestos á nombre de los piadosos y se dirigieron á labrar la felicidad de otra patria.

XXXI

Habían llegado á olvidar de tal modo las miserias del mundo, que todo era miseria fuera de los conventos, y ellos ni siquiera la veían.

Los menos ascéticos se dedicaban á engordar pollos, cuyos pollos después por agradecimiento les engordaban á ellos, según afirma un autor antiquísimo.

XXXII

¡Con qué perseverancia habían logrado tener siempre sujetas las pasiones! ¡Qué pocas veces se vio á un fraile luchar trabajosamente con los pecados capitales!

Acallabanel hambre sólo con la can-

tidad de alimentos que la regla les permitía; la sed con las bebidas lícitas en las ocasiones en que se lo consentían sus estatutos; y si el pecado carnal les inducía á tentación, corrían hastiados y contritos al confesonario y descargaban perfectamente su conciencia, con verdadero pesar y firme propósito de la enmienda.

XXXIII

De tal manera estaban disciplinados dentro de esos frailes los movimientos y propensiones de nuestra misera naturaleza humana, que era edificante ver cómo la lujuria no levantaba la voz hasta que la gula se diese por satisfecha, y la pereza no daba señales de vida mientras le correspondía á la codicia impulsar el ánimo.

XXXIV

Nuestros frailes enseñaban á nuestro pueblo á ganar el pan con el sudor de su rostro, deber sagrado para todos los que vestimos de corto.

Y sin violencia, sin imponerse, sin más que el oportuno aviso del Infierno, iban a sus manos todas las riquezas de la tierra.

XXXV

Así la vida del fraile tenía atractivos inefables.

A fines del siglo XVII teníamos en España noventa mil religiosos: de cada 66 españoles había uno gordo en algún convento.

Desgraciadamente las artes, la industria, las fatigas del trabajo sedujeron á nuestros compatriotas y se fueron alejando de tal modo de los conventos, que en 1835 ya no nos quedaban más que 31.279 frailes.

XXXVI

En 1690 teníamos asegurados casi todos los bienes celestiales.

España no entendía ni se curaba para nada de las viles ocupaciones mundanas que tanto degradan al hombre, apartando su mente de la contemplación: entonces en las casas del Señor, entre frailes y curas había 168.000 almas que rogaban largos ratos por nuestra felicidad en la otra vida.

XXXVII

La virtud, el ingenio de la Iglesia fueron siempre fecundísimos, correspondiendo de esto la mejor parte á los frailes, que según afirmación de personas graves, fueron maestros en la ciencia más alta.

Los necios alquimistas consumían la breve vida y todas sus facultades buscando el medio de trocar los metales en oro; mas por impíos se les condenó muchas veces y bastaba haberlos condenado por necios, viendo que los eclesiásticos hacían oro de la nada.

En Sevilla, llegaron á poseer 5.000 casas de las 9.000 que la ciudad contenía; y para esto no tenían más que confesar, absolver, predicar, volver á confesar y volver á absolver.

¡Y luego vendrán á ponderarnos la ciencias positivas!

XXXVIII

La envidia les persiguió largo tiempo.

Los necios, que no tenían más que meterse frailes para entrar á compartir los goces conventuales, solían zaherirles con malignidad viborezna.

Y aun después del año 1835, cuando los pobres gemían en sus destierros ó reducidos á vivir en España con la miserable pensión del gobierno (que aún nos cuesta doce millones de reales al año) Espronceda, aludiendo á los frailes Jerónimos, dijo:

«No hablo de los Jerónimos del día que, flacos, macilentos, tal vez recuerdan con la panza fría la abundancia y la paz de sus conventos».

XXXIX

Sobre lo del comer y beber se les dirigieron epigramas sangrientos; pero sobre todo se ensañaron con ellos los poetas, hambrientos y raídos como era justo, mientras hubo verdadera religión en España.

XL

Uno de estos rimadores, que debía haber recibido agravios personales de algún religioso, hizo representar en el siglo XVII cierta comedia, en donde uno de los personajes dice lo que se va á leer:

«Dícen bien que es purgatorio toda dicha comparada á la de un fraile, cifrada desde el coro al refectorio. Tras gastar aquí á pasajes, la mañana en parabienes, de antifonas y de amenes, que hacen más hambre que pajes; sin cuidar de otras marañas, cada cual su paso inclina al olor de una cocina que penetra las entrañas. Entra al refectorio y mira mesa puesta sin afán, servilleta, fruta, pan, y un tazón que ámbar respira. Mandando el refilitero diez legos arremangados, cuatro gatos diputados con más lomos que un carnero, va andando la tabla llena, y pone cada varón las manos en su ración y los ojos en la ajena. Luego empiezan los cuchillos en el plato la armonía, y la fuerte ferrería de mascar á dos carrillos. Sólo se oyen placenteros chiquichaches de quijadas; que hay runfla de dentelladas que parecen caldereros. Y entre el sonoro ejercicio que al bajar y al subir crecen tantas manos, que parecen los cazos del artificio,

(Continuará).

IMPRENTA DOMINGO BLANCO, -LIBERTAD, 81